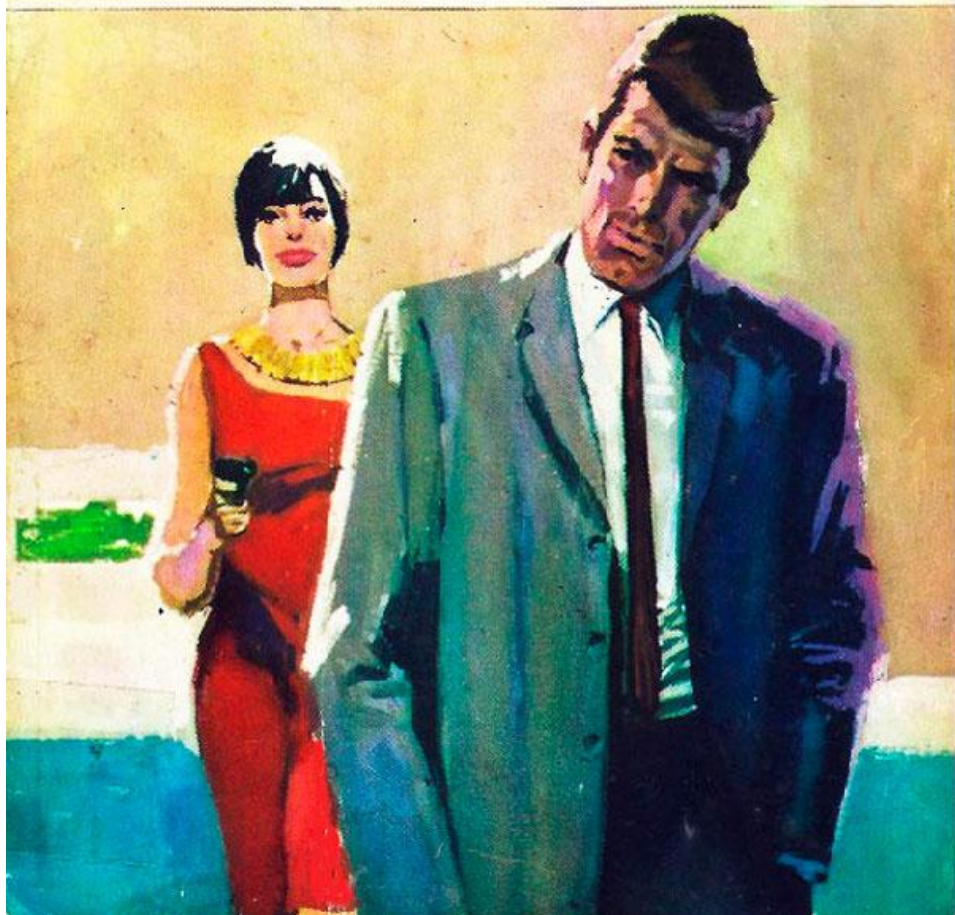


PUNTO
ROJO

Federal Bureau... al habla



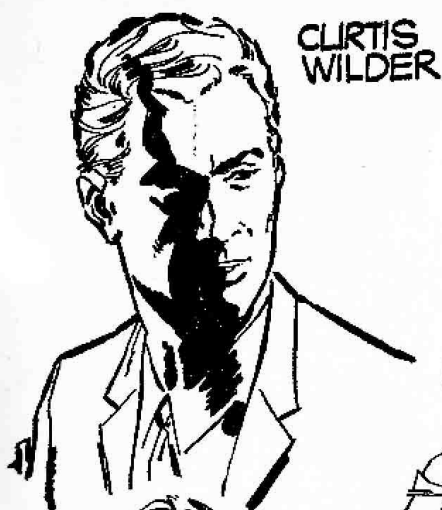
frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO





CLIRTIS
WILDER



NORA
PERLES



MARTA
KRLIGGER

1950-1951

FRANK CAUDETT

FEDERAL BUREAU... AL HABLA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 276
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 19.584 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1967

© FRANK CAUDET - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

274 — El caso del club de los filósofos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

886 — Un ataúd para cada difunto.

En Colección CALIFORNIA:

550 — Marcado.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

165 — Objetivo: Patrick Drake.

En Colección KANSAS:

452 — Alias "Confederado".

En Colección TEXAS:

563 — Kichi-Manitu... whisky..., sangre.

En Colección BUFALO:

716 — Sírvasse morir, sheriff.

En Colección ALTO SECRETO:

8 — Los intocables fueron del F.B.I.

En Colección COLORADO:

499 — "Profesional" Joe.

PRÓLOGO

La superficie geográfica estadounidense es extensísima.

Demasiado.

Y muchas son las cosas que en ella suceden.

Demasiadas.

En cualquier lugar de esa geografía, una noche determinada, las cortinas de una ventana pudieran o no estar corridas.

Lo están.

En el interior de la estancia, reina una penumbra inquietante.

Y dentro de esa penumbra, amortiguados por el espesor de una tupida alfombra, suenan apagadamente los pasos de un hombre.

Va y viene de un extremo a otro de la pieza, con las manos a la espalda, retorciéndose los dedos de una entre los de otra.

Su impaciencia va creciendo por segundos.

Cada paso aumenta su tensión nerviosa. La inquietud que se adueña de sus sentidos crece hasta el punto de que sus dedos crujen en el silencio, produciendo un macabro chasquido.

Varias veces se detiene frente a una mesita ratona.

Mira con ojos temerosos el sombrío teléfono de color negro.

Más que mirarlo da la impresión de que consulta con él. De que le pide un consejo.

«¿Qué debo hacer?».

No. La respuesta no parte del aparato negro. Es su conciencia la que susurra tenues palabras.

Frases que no llegan a ser coherentes porque el temor, hasta convertirse en verdadero pánico, lo impide.

Ahora se detiene junto al recuadro de la ventana y deja caer sus ojos hacia el otro lado del cristal, aprovechando el leve resquicio que dejan entreabierto los vaporosos cortinajes.

En la calle, brilla la luz de una farola.

Alargadas sombras de los escasos viandantes que pasan por la acera, a tan avanzada hora, simulan espectrales fantasmas de un relato misterioso.

Su cerebro desorbita, ante aquella visión, el propio problema, causa de su temor e incertidumbre.

Crujen de nuevo los dedos.

Gira sobre los talones, apartándose de la ventana, camina, presurosamente ahora, hacia el teléfono.

Tiende su mano trémula en busca del auricular, y tira de él, llevándolo al oído.

Con la otra, inseguros los dedos, marca un número que desde hace varias horas martillea su memoria.

Se oye el zumbido del aparato receptor.

Los segundos transcurren como si fuesen siglos hasta que suena un «clic» y una voz exclama:

CAPÍTULO PRIMERO

—F.B.I., al habla, ¿quién llama?

El muchacho que sostenía el auricular pegado a la oreja, apoyándolo contra el hombro derecho, dejaba libres sus manos para anotar en el cuaderno que había en la mesa frente a sus ojos.

Ante el silencio del comunicante, insistió:

—F.B.I., al habla, ¿quién llama?

Silencio. Y por fin, una voz queda, tenue, temblorosa:

—¿Es... la Oficina Federal?

—Le he dicho eso, dos veces consecutivas. ¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa. Tengo algo importante que comunicarle.

—Adelante, tomo nota.

—Hay seis hombres en Estados Unidos dispuestos a...

—¡Eh! ¿Oiga? ¿Qué sucede?

Golpeó bruscamente la horquilla.

—¡Oiga! ¿Sigue usted ahí?

Silencio. Y de repente:

—¡AAAAAG!

Un golpe seco, tras el grito infrahumano, le indicó que la comunicación había sido cortada.

El muchacho, tomando ahora el auricular con la mano derecha, golpeó con más furia que antes la horquilla del teléfono.

—¡Operadora! ¡Operadora...! Sí, le hablo desde la División del Federal Bureau of Investigation... Sí, acabo de recibir una llamada... Me interesa que localice el número desde donde han llamado... Sí, por supuesto que es urgente.

La mujer había dicho que llamaría en cuanto consiguiera localizar el número.

Colgó.

Tras unos segundos de indecisión, el muchacho abandonó el office, salió a un pasillo y golpeó sobre el cristal esmerilado del despacho contiguo.

La luz estaba encendida.

Pero nadie respondió a su llamada.

Insistió dos veces más.

Por último, se decidió a abrir la puerta.

—¡Santo Dios!

Y tras la exclamación, quedóse en el umbral como si le hubiesen crecido raíces en las plantas de los pies y lo mantuviesen aferrado al suelo, contra su voluntad.

Estupefacto. Atónito. Horrorizado.

—¡Santo Dios! —repitió como un autómatas.

Jack S. Feries, inspector-jefe de División del Federal Bureau of Investigation en Miami, estaba sentado en la mesa.

Caída la cabeza sobre ella.

Violáceo el rostro.

Fuertemente anudada a su garganta una suave media de nylon.

¡Estrangulado!

El repiqueteo del timbre del teléfono en el vecino despacho, el suyo, le devolvió a la realidad.

Vaciló unos segundos antes de correr hacia atrás y atrapar el auricular.

Dijo nerviosamente:

—¡F.B.I., al habla! ¿Quién llama?

Era la operadora de la centralita que correspondía al sector. Dispuesta a darle un número y una dirección:

—Sí, sí, anoto. Dígame. ¿Cómo...? Sí, ya entiendo, 2, 3, 5, 6, 7, 2, 9... ¿Dirección? Sí, estoy anotando, North Kendall Drive, 1624. Sí, correcto. Gracias.

Colgó.

Regresando inmediatamente al despacho donde acababa de efectuar tan sorprendente como horrible hallazgo.

Parecía imposible.

El inspector-jefe de la División había quedado aquella noche para terminar unos expedientes que debían ser remitidos a Washington con brevedad.

Y le había dicho a él, a Mark Landon, estas palabras:

«—Muchacho, esta noche te acompañaré en tu guardia. Luego, cuando te releven, supongo que habré terminado mi tarea, y podremos tomar un *whisky* juntos».

No.

Jack S. Perles y Mark Landon no tomarían juntos ningún *whisky*... en este «barrio» al menos.

El muchacho, de nuevo ante la espeluznante visión del estrangulado, experimentó la misma indecisión que en el momento de descubrir el cadáver.

¿Y la llamada?

Tenía dos cosas que atender.

Y urgentes.

Pero... ¿qué hacer?

Los nervios le tenían inmovilizado. Incluso su cerebro no funcionaba con la agilidad mental que solía caracterizar a los agentes del F.B.I.

Aunque fuesen novatos.

¿Qué hacer?

Como si de repente le hubiesen salido alas en la espalda, voló materialmente, rumbo a su despacho.

Cogió de nuevo el teléfono.

Hay señoras y señoritas que están como les da la gana.

Perla Scott estaba así..., pero bastante mejor.

Como nunca.

Se la podía comparar con unos grandes almacenes.

Sí, sí, de esos que «tienen de todo».

Los ojos eran como el mar. No, no de azules. De inmensos. De color eran negros como esas noches en que se cometen los crímenes más monstruosos.

La boca..., bueno, una boca destinada a ganar el primer premio en el «Certamen Internacional del Beso».

¿Digo bien?

El resto, de cuello en dirección descendente, lo que equivale a decir su cuerpo presente, presente pero muy vivo, tenía esa serie de peculiaridades tan personalmente femeninas que consiguen que un hombre haga lo que no haría en circunstancias normales.

Pero ella no era una circunstancia normal.

Sí, una circunstancia, en la que la madre naturaleza, tan esquiva con algunos, había querido lucirse con todo su esplendor.

A eso podía llamarse «trabajar bien».

¡Felicidades, papa!

El fulano podía pasar.

Alto y delgado, pero musculoso. Las facciones de su rostro eran correctas, lo correctas que deben ser para no restar esa fuerza varonil que quiere poseer todo hombre.

Estaba en mangas de camisa, dejando al descubierto la correa que sostenía una funda sobaquera y a su vez un reglamentario «38».

—¿Tomamos un *whisky*, muñeca?

Eso lo había preguntado él.

El era Curtís Wilder.

Y Curtís Wilder, además de ser un tipo de rostro varonil con facciones correctas, era agente especial del Federal Bureau of Investigation.

Del F.B.I.

Perla Scott se estiró como una gata perezosa. Empezando por las piernas, tan bronceadas como hermosas, y terminando por sus brazos, de piel tersa y suave.

—¿Sirvo yo, querido?

Curtís asintió, al tiempo que ocupaba el lugar que ella dejaba vacante en el cómodo diván, en el tibio diván.

La estancia era pequeña, pero exquisitamente decorada y adornada.

Al fondo, había un mueble de poliéster, que se utilizaba al mismo tiempo como biblioteca y bar. Destacaban en él las alargadas siluetas de un aparato de radio y un televisor portátil.

Perla abrió el departamento-bar, y una serie de luces se reflejaron sobre el juego de cristales.

Sacó un par de vasos y una botella.

—¿Con soda?

—Seco, muy seco, sequísimo.

Eso quería decir sin soda.

Sirvió como experta camarera.

Contoneándose se acercó al hombre, ofreciéndole uno de los vasos.

Se dejó ir en tierra, sobre la tupida alfombra, reclinando con su

cabeza de azabaches hebras sobre las rodillas del hombre.

—¡Por nosotros!

El nada dijo.

Bebió.

Ella hizo lo propio, tomó el vaso de él y lo dejó en tierra, junto al suyo.

El teléfono lanzó su aullido inoportuno.

Curtís, diciendo algo poco agradable de padres y madres, acudió a la mesita sobre la que reposaba tan indiscreto artefacto.

—Empezaré por decir que te mueras —soltó, desabrido, sólo atrapar el auricular—. ¿Quién eres y qué demonios quieres?

—¡Curtís! —Oyó exclamar agitadamente al otro extremo—. ¿Eres tú?

—No, si te parece, soy la ninfa de los bosques. ¡Mark!, es la una de la madrugada. ¡Y no debo relevarte hasta las dos y treinta minutos! ¡Muérete!

—¡Curtís! ¡Curtís! No cuelgues. El inspector jefe ha sido asesinado.

El que estaba en el otro teléfono, lo soltó de un lirón.

Y Curtís, como la mujer de Lot cuando cometió la torpeza de querer saber lo que sucedía a su espalda.

Estatua de sal.

De piedra, vamos.

—Oye, Mark Landon, quieres repetir eso que has dicho..., pero despacio para que te oiga bien.

Un jadeo.

—Nuestro inspector jefe, Jack S. Perles, ha sido estrangulado con una media de nylon, en su despacho de la División.

Curtis cuadró las mandíbulas.

—Voy para allá.

Colgó.

De una butaca, atrapó su corbata y el «saco».

Mientras caminaba hacia la puerta, llevó los labios de Perla prendidos en los suyos.

—Te llamaré, chata.

«Chata» ya estaba más que acostumbrada a semejantes despedidas.

Sí, en efecto.

Con una media de nylon.

—Explícate —musitó Curtis, fijos los ojos en el inspector jefe.
En un compañero.

Asesinado.

—Verás, he recibido una llamada telefónica sobre...

Mark Landon, nervioso e inquieto, relató cómo y por qué había descubierto en tan imperecedera posición si inspector-jefe de la División del FJ3J. en Miami.

Curtis era hombre de acción más que de reflexión.

Ordenó:

—Ambulancia y forense, ¡rápido! Encárgate de avisarles. Aunque el forense lo ordene, que no levanten el cadáver hasta mi regreso.

Mark inquirió:

—¿Dónde vas?

—A comprobar esa llamada misteriosa.

Asistió el muchacho. Por dos razones. Primero, por su inexperiencia. Segundo, porque en ausencia..., en ausencia definitiva de Perles, era Curtis quien quedaba al frente de la División.

—Correcto —asintió Mark.

North Kendall Drive, 1624.

Buen edificio. Mejor vestíbulo. ¡Y a vivir!

Y a vivir allí dentro gente con «pasta». Por eso tenían un conserje vestido como un almirante, y al que habían provisto de una magnífica centralita de teléfonos.

Pero el conserje, a tales horas, estaba en los dominios de Walt Disney. O sea, con sueños tan fantásticos como maravillosos.

De vez en cuando, no venía mal soñar también con la Cardinale.

¡Menuda hada!

Hasta roncaba, el muy cerdo.

Curtis, luego de forzar la caída ventanilla de cristal, introdujo un brazo por el hueco, atrapando un hombro del tipo y sacudiéndolo más que bien.

—¡Despierta ya, tunante!

Dio un brinco.

—¡Traidores, yo...! —miró a su alrededor, con expresión estúpida.

Bueno, es que notaba algo raro.

Algo así como una credencial del F.B.I., pegada al Otro lado del cristal. Y también allí, el rostro oscuro de un tipo alto y delgado con cara de pocos amigos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? Yo no he hecho nada malo.

Curtis lo atrapó de nuevo por el hombro, haciendo que su frente chocara con el cristal.

—¿Todos los teléfonos del edificio pasan por esta centralita? —inquirió.

El otro tragó saliva.

—No. No, señor. Los hay directos.

—Por ejemplo, ¿el 235 — 67 — 29?

Asintió de un cabezazo rotundo.

—Sí. Sí, señor. Ése pertenece al muchacho israelita que vive en el décimo, segunda planta, corredor B, puerta E.

—¡Vaya crucigrama!

Lo soltó, enviándolo de nuevo a la silla de sus sueños.

Cuando el portero quiso preguntar o darse cuenta de lo que pasaba, Curtis ya se había metido en el elevador.

Décimo, segunda planta.

CAPÍTULO II

Corredor B.

Puerta E.

Y la puerta que daba acceso al apartamento desde el que se había formulado una extraña llamada al F.B.I., la cual había terminado con un grito desgarrador, debía encontrarse entreabierta.

Así era.

Eso no sorprendió demasiado al federal. Eran muchas las puertas que había encontrado abiertas en el transcurso de su vida profesional.

Los apartamentos que tenían las puertas abiertas a horas altas de la madrugada solían estar a oscuras.

No había más que darle vuelta al conmutador, avanzar por el pasillo, desembocar a una salita y encontrarse con un teléfono descolgado.

Con un individuo tendido a los pies de la mesita.

Un cadáver.

¡Estrangulado con una raedla de nylon!

Curtis contempló la escena por espacio de varios minutos. Dando vueltas alrededor del occiso, y observando el más ligero de los detalles.

Una media de nylon al cuello.

Dos cadáveres con idéntico mensaje postrero.

Incomprensible.

¿Qué relación podía existir entre un miembro del F.B.I., y un muchacho israelita?

La muerte. Y una media.

Una llamada. Y precisamente al F.B.I.

Hubiese podido llamar a la policía metropolitana. No. El

muchacho había llamado a la oficina federal.

¿Qué probaba eso?

Diáfano.

Aquel individuo sabía que el asunto que motivaba su llamada debía ser atendido por el F.B.I.

¿Y Jack S. Perles?

Muerto, podía establecerse que casi a la misma hora, y empleando idéntico procedimiento.

Una media de nylon.

¿Una mujer?

Prematuro dar tal razonamiento como hipótesis digna de crédito. Recordaba un caso en el que el asesino habíase pintado las uñas y arañado a sus víctimas para simular lo que no era.

Para estrangular a dos hombres hacía falta una fuerza física que no tenía una mujer.

En fin...

Tomó el descolgado auricular, y efectuó una llamada. Luego otra. A Mark. Para acabar de tranquilizarlo.

Mientras esperaba la llegada del forense, Curtis registró el cadáver.

Nada importante.

¡Ah! El pasaporte y un certificado de universitario. Un papel en el que se decía que Josef Bulder, nacido en Tel Aviv, se desplazaba a Estados Unidos para perfeccionar sus conocimientos del idioma.

Podía haberse largado a Inglaterra. Allí, según los británicos, se hablaba un inglés mucho más fino y elegante.

Una foto. En el portarretratos de su billetero.

Rubia. Alta. En bikini. Seguramente, la foto estaba tomada en Miami Beach.

Se llamaba Eva. Como la primera mujer que pisó el paraíso.

Y le había dedicado a Josef la foto de una forma incendiaria.

«Te amaré siempre.

»Eva».

Eso lo decían muchas y lo cumplían pocas.

¿Tendría algo que ver Eva con la media de nylon?

Llamaron a la puerta. Curtis la había cerrado al entrar.

Allí estaba el forense, con ese maletín negro, tan fúnebre como su labor, que es peculiar a todos los forenses.

Acompañado de un tipo de mediana estatura y otros dos, de uniforme, que asomaban por detrás de los primeros.

—Teniente Anthony Garland de la Policía Metropolitana —se presentó el que estaba a la derecha del forense.

Le reventaba la forma de presentarse de aquellos fulanos.

—Curtis Wilder, del F.B.I. Su presencia no es necesaria, teniente. Se trata de un asunto federal.

El de la «Metro» enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No ve la cara de listo que tengo?

Cierto.

Y además, Curtis, con sus ojos azul-grises y sus cabellos ligeramente rojizos, rebosaba dinamismo a lo largo y ancho de su cuerpo.

Sobre todo a lo largo. Porque la cabeza y los pies quedaban separados por muchos centímetros.

—No creo que sea momento para bromear, agente —soltó, despectivo, el teniente.

—Ni para que usted se enrede a preguntarme como si fuese un detenido. Si digo que es asunto federal, debe bastarle mi palabra.

—¿Puedo ver el cadáver? —insistió con terquedad Anthony Garland.

Curtis no se anduvo por las ramas. Fue rotunda su contestación:

—¡NO! Buenas noches, teniente.

El forense, evidentemente incómodo, preguntó si podía pasar. Viendo que Curtis afirmaba, se introdujo por el pasillo. Entretanto, Garland les dijo a sus hombres que «con las pistolas a otra parte».

Fue un gruñido y no una despedida lo que hubo catre el teniente y el federal.

Ya se sabe, no es fácil simpatizar con el primero que se encuentra, en ciertos trances.

El forense hacía sus cálculos. Todo, para decir:

—Ha sido estrangulado.

Curtis soltó una amarga carcajada.

—¿A qué hora?

—Efectuada la autopsia, podré precisar con exactitud. Pero, a ojos de buen cubero, puedo anticipar que el crimen sucedió entre doce y una de la noche.

—Correcto. ¿Está abajo la ambulancia?

—Ha venido conmigo. Si usted no tiene inconveniente, ordenaré el levantamiento del cadáver.

Curtis no tenía nada que oponer.

Un novato hubiera dicho que antes es preciso echar los «polvos» y recoger impresiones digitales.

Curtis, pese a contar sólo veintisiete años, se consideraba un veterano. Y eso le hacía pensar en que un criminal que usaba medias de nylon ceñía a sus manos un par de magníficos guantes.

Las únicas huellas que allí podían encontrarse eran, las del propio Josef Bulder.

¡Bobadas! Pérdida de tiempo.

Se quedó con la foto y los documentos.

Vio cómo los de la camilla se llevaban el cadáver. Luego se dedicó a dar un vistazo por el apartamento, sin que ello le sirviese de mucho.

A juzgar por los libros que encontró, el muchacho era en verdad universitario, y estaba en Estados Unidos perfeccionando el idioma.

Lo dicho. ¡En Inglaterra faltaban intelectuales!

Salió de la estancia. Dirección...

El cuadro era patético.

Curtis sólo había visto a la muchacha en un par de ocasiones, y en aquel despacho precisamente.

Nora Perles.

Una muñeca de ojos verdes y cabellos de negro-azul, que contaba veinte maravillosos años de existencia.

Y un cuerpecito bien formado, de curvas ágiles y breve cintura.

Un verdadero encanto de criatura.

Truncada su felicidad juvenil por la muerte de un ser al que ella adoraba.

El inspector-jefe le había explicado a Curtis la historia en varias ocasiones.

La madre de Nora había muerto al dar a luz.

Jack S. Perles nunca pudo olvidar a su esposa. Ni encontrar mujer alguna que reuniese las suficientes virtudes para sustituirla.

Asumió las funciones de padre y madre para subir a su hija adecuadamente. La había enviado a Boston para efectuar estudios secundarios.

Ella regresó diez meses atrás.

Feliz. Contenta. Satisfecha.

«—De ahora en adelante, juntos, papá. ¡He aprendido a planchar camisas y zurcir calcetines!».

Bobadas.

A «papá» le habían «zurcido» el cuello con una media de nylon.

Curtis sintió que un sentimiento desconocido se desataba en su interior. El corazón golpeaba contra su pecho, con latidos que parecían aldabonazos.

¿Por qué?

Imposible. Resultaba imposible que alguien se hubiese colado allí, con la impunidad necesaria para cometer aquel odioso crimen.

¿Y Josef Bulder?

Nora se abrazaba desesperadamente al cadáver, dificultando la de por sí difícil labor de los de la «camilla».

Curtis se inclinó hacia ella y la tomó por los hombros con suave firmeza.

—¡No! —Gritó con desgarrador acento—. ¡Papá! ¡Dios mío! ¿Por qué él?

Curtis la hizo girar, buscando los ojos de la mujer con su penetrante y fija mirada.

—Nora..., ten calma.

Era fácil decir eso.

Rompió en un llanto agudo. Histérico. Convulsivo.

Sintiéndolo en el alma, Curtis Wilder le cruzó las mejillas con dos bofetadas violentas.

Reaccionó.

—Voy..., voy a estar muy sola sin él.

Lo dijo con expresión ausente. Sin lágrimas. Secos los ojos, ahora.

Curtis la hizo sentar y se acomodó a su lado.

Los camilleros ya habían retirado el cadáver.

—No estarás sola, Nora —habló el agente federal, conteniendo auras penas su emoción—. Velaré por ti, chiquilla. Y además, te haré una solemne promesa: La de no descansar hasta que el asesino

de tu padre purgue su vesanía.

Le oía, pero no le escuchaba.

—Es... horrible. ¡Monstruoso! Papá era bueno, muy bueno, usted lo sabe.

Curtis cabeceó lentamente.

—Sí, Nora. Yo lo sé. Lo sabemos todos cuantos tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo. Pero nuestro trabajo es difícil, pequeña. Nos creamos los peores enemigos. Aquéllos a quienes apartamos de la sociedad porque no merecen estar en ella, no suelen olvidar fácilmente. Un día cumplen su pena y salen a la calle. No les importa volver, sólo les importa la venganza. A veces, un hijo. Otras, un padre. La mayor parte, el mismo delincuente. Sí, pequeña. Es dura nuestra tarea. La sociedad sólo nos aprecia cuando necesita que la libremos de esa escoria que la ensucia, luego... nos mira por encima del hombro. Y la escoria, nos odia. Para nadie somos buenos. ¿Tratas de comprenderme?

Un ahogado sollozo nació en la femenina garganta.

—Trato de hacerlo —musitó.

Era absurdo pensar en la hermosura de Nora, en aquellas circunstancias. Pero Curtis, humano al fin y al cabo, no consiguió zafarse al encanto de su belleza lozana y juvenil.

Sí, muy hermosa. Tierna. Delicada como una flor.

Viéndola a ella, Perla le daba asco.

Claro que...

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Perdone..., pero necesito estar sola. Necesito pasear, pensar...

Curtis no se opuso.

Trataba de comprenderla, y sólo sabía encontrar en ella el atractivo delicioso de su dulce belleza.

La vio salir, sin poner impedimentos.

Permaneció unos segundos, reflexivo. Sólo segundos. Porque de inmediato volvió a ser el hombre activo, duro y tenaz...

El hombre que era Curtis Wilder.

Mark Landon estaba en el umbral, de pie, silencioso, sombrío.

—Encárgate de que los informes de ambos forenses estén en mi despacho antes de veinticuatro horas. Telefona a tu amigo Mickey para que te releve. ¡Ah!, y llama también a Henry. Lo quiero aquí a las nueve en punto de la mañana.

—Correcto, Curtis.

La brisa nocturna en Miami Beach es agradable.

Fresca. Como una caricia femenina.

Pero hay momentos, en que el estado de ánimo no admite ni caricias femeninas.

Mucho menos, del mar.

Curtis miró una vez más la fotografía. Ella. El mar. Y, en el fondo, un «*bungalow*».

Como un arrullo. Como una melodía cadenciosa. Así ondulaban las aguas antes de morir, penosa y mansamente sobre la fina arena.

Las luces de un «motel» brillaban en la lejanía. Tan lejanas como las de situación de algunas naves, que se dejaban ver fugazmente por el horizonte.

Collins Avenue.

«WHITE SHADOW». Sombra Blanca.

Era un decir.

Porque la oscuridad imperaba por rincones y rinconcitos.

Es comprensible. Ciertas cosas no pueden hacerse ni hablarse como dicen los franceses... *a plein soleil*.

Cuando menos *soleil* de ése, mejor.

Y así opinaba el propietario de «White Shadow», con la aquiescencia de su distinguida clientela.

Lo de distinguida no es ínfula. La gente que se reunía allí dentro vestía con elegancia, se gastaba los billetes con elegancia y hacía muchas cosas con elegancia.

Ya se sabe, la buena sociedad lo hace todo con elegancia.

Los que arriman el hombro para sudar las habichuelas... ¡ah!, ésos, no.

Curtis Wilder traspuso la cristalera.

Tras ella, cubierta por persianas graduables, había un pequeño guardarropía y una mujer de bandera con un asta así de larga, todo lo larga que cada uno quiera, se encargaba de recoger las prendas delicadamente.

Y el jersey también lo llevaba escotado con delicadeza.

Y lo otro, muy bien puesto y con mucha más delicadeza.

Curtis le dijo algo en voz baja, y ella sonrió, al tiempo que señalaba un número con los dedos de la mano derecha.

No hace falta ser un lince para saber que le estaba indicando la

hora en que se retiraba a su apartamento.

¿Para qué? Con Perla, tenía de sobras.

Luego de la delicadeza, seguía un mostrador bar, después, unas cortinas, un pasillo alfombrado muellemente, más cortinas... y todo eso dentro de un tamizado de luces, no apto para cortos de vista.

Veladores. Un encerado. El diminuto escenario. Otro mostrador bar, más grande éste.

Y cada niña, que tiraba de espaldas.

¡Qué monas! Con sus cositas y tal. Con su poca ropita y tal.

Curtis veía todo aquello con escéptica indiferencia. Algunas miradas recayeron en su persona. Un par de bocas rieron burlonamente.

La indumentaria del agente federal no era la más apropiada para colarse allí, pero...

Pero hubo uno que insistió en la risita.

Curtis se acercó a la mesa, lo levantó en vilo, y le dijo:

—¿Hay algo especial en mí, que despierte tanta hilaridad?

El fulano se quedó como la cera.

Y puesto en evidente ridículo, delante de su bella compañera.

Ahora era la pelirroja quien sonreía burlonamente, al percatarse de los apuros que pasaba su «galán».

—Es que... yo no quería molestarle.

Curtis lo soltó despectivamente para encaminarse al mostrador.

—¡Eh, «Bofio»! —Le gritó alguien—. ¿Qué se te ha perdido aquí?

Era un muchacho joven, de aspecto jovial y sonrisa sempiterna. Vestido de barman.

—No levantes la voz, que no soy sordo, especie de gamberro con chaqueta blanca.

—Estás de un humor que apestas, muchacho —dijo el aludido.

—Ponme algo de beber. Seco, muy seco, sequísimo.

—Correcto, agrio.

Regresó con un vaso largo, medio lleno.

—¿Conoces a esta fulana?

Curtis le metía bajo las narices la foto de Eva.

El barman largó un suave silbido.

—¡Uhú! Ya lo creo que sí. Es el «plato fuerte» de Miami Beach. Una polaca llamada Eva Koster, que fracasó en el cine y ahora se dedica a rodar telefilms de serie para T.V.

—Me impresionas —se burló el hombre del P.B.I.—. ¿Dónde puedo verla más cerca que en la televisión?

Sonrió el que estaba al otro lado del mostrador.

—En su «*bungalow*» o en su apartamento.

Curtis se pasó una mano por los cabellos.

—Entendidos. ¿Y dónde queda eso?

Rió el muchacho.

—Mucho interés tienes tú, «fed».

—Me interesa todo lo que se relaciona con cadáveres recién «fabricados».

El otro agrandó los ojos.

—¿Quieres decir que ella...?

—No quiero decir nada —le atajó el del F.B.I. con dureza—. ¿Su dirección?

—Bueno, hombre, no es para tanto. El «*bungalow*» para aquí cerca. En Posh Hotel Row. Hay un agente que se encarga de vigilar, no tienes más que preguntarle...

Eso estaba haciendo Curtis, diez minutos después, delante de un tipo esquelético, que llevaba colgado a la cintura un enorme pistolón.

Antes de responder, se humedeció la lengua con la punta de los labios significativamente.

—¡De miedo, amigo, de miedo! —exclamó—. ¡Qué hembra!

—Ya me imagino que no es ningún macho. Le he preguntado por su «*bungalow*».

El tipo, como era policía, se puso serio.

¡Hasta ahí podríamos llegar! El elemento ciudadano tiene la obligación de reír las gracias de la autoridad competente.

—¡Está usted hablando...!

—Con un agente del F.B.I. —Curtis le paseó la credencial a medio palmo de su chata nariz—. ¿Quiere contestar a la pregunta que acabo de formularle?

Se cuadró, enrojecido el rostro.

—Segunda hilera de «*bungalows*» azules, tercero de la derecha. Pero puedo anticiparle que ella no está ahí en este momento.

—¿Dónde la localizo?

—En su apartamento. El conserje del Hotel Bow conoce la dirección.

En efecto.

Un fulano que hubiese dado tema para películas de Fu-Manchú, y que era conserje y otras cosas que se molestó en recitar, sabía la dirección de la del bikini.

—W. Flagler Street, 786.

Curtis salió, sin darle las gracias.

Empezaba a ponerse nervioso.

Demasiados minutos yendo de un lado para otro, sin poder conseguir frutas maduras.

Frutas maduras eran resultados prácticos.

O positivos.

A un federal le pesa mucho el cadáver de otro federal. Máxime, si era su superior y amigo.

Máxime, si tenía una hija como Nora.

CAPÍTULO III

¡De las «Ligas Mayores»!

Esas ligas son aquéllas en que compiten los principales del béisbol norteamericano.

Así era ella.

No. No acababa de levantarse de la cama porque su áurea cabellera estaba muy bien peinada.

Pero, por lo demás, como tal.

—¿Quién es usted?

¡Qué ojazos! Y qué labios, y qué todo, y qué bien rellenaditos que tenía los huesos.

Sobre todo, debajo de la garganta, cuestión de un palmo más o menos.

El deshabillé se las traía y se las transparentaba.

—Me llamo Curtis Wilder. Soy agente federal.

Ella enarcó sus depiladas cejas.

—¿P.B.I.?

—Correcto, belleza.

Sonrió al requiebro, entreabriendo aquella boca jugosa y sensual.

—¿Se puede saber lo que tengo yo en común con el F.B.I.?

Curtis soltó una risita breve. Seca.

—Nada. ¿Y con Josef Bulder?

—Era un...

Curtis la cortó en seco:

—¿Era? ¿Quiere eso decir que ya no es, por esa sencilla razón de que les muertos ya no son?

Llevaba unos zapatos de agudo tacón, que repiquetearon nerviosamente contra el mosaico.

—Yo no he dicho que esté muerto.

Curtis sonrió glacialmente.

—Pero lo sabes.

—¡No sé nada!

Su cuerpo exuberante se mantenía entre el resquicio que dejaba la puerta entreabierta.

El federal trataba de atisbar hacia el interior.

—¿Me permites que entre?

—¿Con qué derecho? ¿Por qué? ¿De qué se me acusa? No sé de lo que me pregunta. Por muy federal que sea... ¡Largo!

Un acento cambio mucho las cosas. De largo a largó...

Eso hizo Curtis Wilder. Le largó un empujón que la hizo trastabillar hacia atrás.

Y la empujó por un punto delicado.

—¡Imbécil!

Y tras la exclamación, dijo alguien:

—¿Qué diablos ocurre, Eva?

Eva, a quien Curtis acababa de atrapar uno de sus brazos tersos, y lo retorció sobre su espalda, no tuvo aliento para responder.

Y el tipo decidió salir a investigar.

Wilder, en cuanto lo vio asomar, envió a la mujer hacia delante por segunda vez.

Ambos redaron por el suelo.

El fulano tenía buena planta. Alto, joven, musculoso... y belicoso.

Porque se levantó como una exhalación, yéndose directo a Curtis.

Con una profesional indiferencia en sus movimientos, el federal evitó la furiosa acometida, al tiempo que largaba su puño derecho, tras una finta, contra el abdomen del otro.

Boqueó. Justo para recibir en la nuca un trallazo impresionante, que le privó de la conciencia y lo dejó inerte sobre el mosaico.

Curtis se frotó las manos con negligencia.

Eva lo miraba con ojos chispeantes. Furiosa como una fierecilla salvaje. Indómita.

—Vale más que te levantes por ti misma. Si te ayudo, lo vas a sentir.

Su posición era netamente provocativa.

Y lo fue mucho más cuando se levantó.

Curtis la miraba con desprecio. Como si no causara mella en su ánimo la descarada exhibición que ella hacía de sus intimidades.

Pero Wilder, hombre muy hecho a la clase de mundo en el que tenía que desenvolverse, era poco impresionable.

—Pasa delante de mí, tápate un poco. Estoy de descaradas hasta las narices.

—¡Además de policía, eres grosero!

—Dos «virtudes» necesarias para tratar con «elementos» como tú.

El apartamento estaba arreglado con gusto.

Y en una mesita redonda, que había en el fondo de la estancia, veíase la huella de una cena íntima.

Sólo faltaba descorchar la botella de champaña.

—Ahí, en esa butaca. Siéntate con recato y prepárate. Voy a interrogarte, y quiero respuestas concretas a mis preguntas. No lo olvides. Si me pongo desagradable, no te dejaré con mejor aspecto que al mamarracho ése que estaba contigo.

Eva obedeció.

—Nombre completo y nacionalidad.

—Eva Koster. Polaca.

Curtis prendió un cigarrillo.

—Fracasada de Hollywood, ¿no?

—Cuestión de opiniones.

—¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos y concretamente en Miami?

—Cinco años. Uno, aquí. Desde que me contrató la Paramount Pictures para rodar unos telefilms de serie para T.V.

El federal exhaló una bocanada de humo.

—¿Cuándo, dónde y cómo conociste a Josef?

Eva estiró sus maravillosas extremidades de abajo para que Curtis, si no se había dado cuenta, se percatase con claridad que las tenía muy bien formadas.

—De acuerdo —dijo el federal, antes de que ella respondiese—. Tienes un par de piernas estupendas y un par de otra cosa que da gusto verlo..., pero yo estoy aquí para preguntar. Ahórrate la exhibición.

Torció ella la boca con expresión odiosa.

—Hace un par de meses, en un club nocturno.

Curtis soltó burlonas carcajadas.

—Como empieces a largarme cuentos chinos, te voy a «tostar». Así que un par de meses, ¿eh? Y en tan poco tiempo, te enamoraste locamente de él, y le dedicaste esa fotografía.

Al tiempo que hablaba, el del F.B.I., sacó de su bolsillo el retrato que encontrara en la cartera del difunto Bulder, y la arrojó sobre las rodillas de Eva.

—Bueno... —musitó ella—, fue para sacármelo de encima.

—¡Y un rábano también!

Curtis Wilder dio dos zancadas, se plantó ante ella, agito la zurda en el aire y restallaron cuatro bofetadas como cuatro pistoletazos.

Las mejillas de Eva se tiñeron de un matiz púrpura.

—Te he advertido, preciosa. Rollos baratos no me los trago, ¿está claro? Conocías al fulano desde hace tiempo. Sabes, además, que está muerto. Eso ha ocurrido hace pocas horas. Habla con claridad o te llevaré conmigo a un lugar donde podré interrogarte a mi completo albedrío.

Unas lágrimas resbalaron por los hermosos ojos de la mujer.

—Menos comedia, gata maula.

Miró al hombre con todo el rencor de que era capaz.

—Lo conocí hace un año. En un club nocturno, eso es verdad. Me cayó bien. Y yo, a él.

—Ahórrate los detalles no aptos para menores.... ¿Cuándo viste a Bulder por última vez?

Eva escondió el rostro entre las manos.

—Hace un par de horas..., estaba muerto. Con una media anudada al cuello.

—¿Era tuya; la media?

—¡Estúpido!

—¿Para qué fuiste al apartamento de Bulder?

—Para pedirle que me devolviese las fotos y cartas que tenía mías. Voy a casarme con ese hombre que has dejado sin sentido. Es rico. Productor de una empresa cinematográfica que, con su ayuda, me convertirá en la actriz...

—Más cotizada del mundo. Correcto. Es historia vieja. ¿Aprovechaste para quitarle las cartas y las fotos?

—No. Tuve miedo. Pensé que podía llegar la policía, y eso me convertiría en sospechosa de asesinato.

—¿Por qué tenía que llegar la policía?

Eva se retorció las manos. Curtis era un tipo bragado. Machacón. Incansable. Preguntaba de una forma mecánica, monótona, pero inexorable.

—Podía haber descubierto el cadáver alguno, otra persona, y dado el aviso a las autoridades.

—¿Quién ha podido cometer ese asesinato?

Negó la mujer de rotundo cabezazo.

—Lo ignoro.

—¿Tenía enemigos?

—No lo sé.

—¿Qué hacía en Miami?

Eva estaba nerviosa. Llegando al límite de sus emociones ante aquel interrogatorio implacable.

—Estudiaba, perfeccionaba sus conocimientos de inglés... ¡no sé más! ¡Basta! ¡Deja ya de interrogarme como si fuese una criminal! ¡Vete!

—Puedes ser una criminal. Todos podemos serlo. La gente es buena hasta que un buen día decide ser mala. ¿Tenía otras amiguitas de tu «ralea»?

La pregunta tenía un matiz despectivo y una intención netamente ofensiva.

—¡No tienes derecho a insultarme!

—¡No, no lo tiene! —exclamó el fulano que se viera duramente golpeado por Curtis.

El federal giró hacia él con un rictus burlón en los labios.

—Muy bien asimilas tú la «leña», amigo. ¿Quieres que te duerma otra vez?

El tipo, muy elegante, con mucha planta y tal, hizo ademán de retroceder. Los persuasivos argumentos del otro no eran de su agrado.

—¿Quién es usted? —se atrevió a preguntar, aún así.

—Papá Noël, ¿no lo ves?

Nada dijo. Y Curtis se encaró de nuevo con ella.

—Responde a la última pregunta.

Eva, clavándose las afiladas uñas en los muslos, para desahogar

su rabia, respondió:

—Ignoro la clase de amiguitas que tenía. Tampoco sé si tenía amiguitos, ¡no sé nada!

Curtis cabeceó socarronamente.

—Ya. Eres una chica muy inocente. Y como las muchachas tan tímidas como tú están necesitadas de buenos consejos, te daré uno: No abandones la ciudad sin darte una vuelta por la Oficina Federal. De lo contrario, te buscarás el «bollo» padre. ¿Entendido? ¡Ah!, volveré a verte..., o te llamaré si necesito que amplíes tú reveladora declaración.

Acto seguido, dando un despectivo vistazo al fulano, salió de su apartamento.

Nada.

Todo aquello no conducía a nada.

Jack S. Perles y un tipo llamado Josef Bulder, muertos el mismo día, cadáveres a la misma hora.

Con una media en el cuello.

Obvio que ambos crímenes tenían un nexo de unión.

¿Cuál era el nexo que unía a Perles y Bulder, en vida?

Que él supiese, su jefe, nunca le había hablado de tener amistades con un estudiante judío.

¿Por qué motivo, entonces, los habían asesinado a los dos empleando el mismo procedimiento?

Curtis Wilder trató de serenarse y ordenar sus pensamientos.

Había resuelto casos difíciles.

El propio Jack S. Perles le felicitara, en más de una ocasión, por su agudeza mental. Por haber conseguido esclarecer asuntos poco menos que imposibles de solventar.

—¿Y ahora?

Ni una pista.

Los cadáveres de dos hombres que nada tenían entre sí, unidos por el lazo indestructible de la muerte.

De la misma muerte.

De la misma media.

No. No era por ahí. Devanándose los sesos en busca de una explicación a lo inexplicable, nada conseguiría.

El inspector-jefe de la División del *Federal Bureau of Investigation* en Miami había sido asesinado.

Eso debía comunicarse a Washington con la mayor urgencia.

Washington exigiría un inmediato esclarecimiento.

Curtis diría que sus investigaciones preliminares no habían arrojado el más leve rayo de luz.

Washington y John Edgar Hoover no se conformarían con eso. La muerte de un federal exigía más que otro asunto cualquiera.

¿Cómo empezar? ¿Por dónde?...

CAPÍTULO IV

Se pasó la noche en blanco.

Bueno, lo que quedaba de la noche.

Cigarrillo va y cigarrillo viene.

Al fin, cuando despuntaban los primeros albores de un nuevo día, Curtis Wilder, agente especial del F.B.I., tomó una decisión.

No comunicar con Washington.

Concederse a sí mismo un plazo de cuarenta y ocho horas.

Y ese pensamiento lo condujo a su despacho, de muy mal humor.

Mark Landon, muy diligente, había procurado que los informes forenses estuviesen sobre la mesa de Curtis a las ocho en punto de la mañana.

Y que Henry Teller llamase a la puerta del despacho de aquél a las nueve en punto.

Henry era un tipo desgarrado. Con facha de estibador de muelles, de vicioso..., de todo menos de agente federal.

Y era uno de los buenos.

—¡Tengo la sangre encendida! —exclamó; sólo pisar la oficina de Curtis.

Wilder lo miró de soslayo.

—Pues procura calmarte, ¿eh? Peor estoy yo, y hago de tripas corazón. Cuarenta y ocho horas, ¿entiendes? —No.

—Son las que tenemos para descubrir al autor del crimen y los motivos que lo indujeron a ello. Dentro de ese plazo, el caso tendrá que estar solucionado, so pena de que queramos oír de Washington epítetos poco agradables.

Henry era también tipo de acción.

—Espero tus órdenes.

—Investiga vida y milagros de un fulano llamado Josef Bulder. Nacionalidad hebrea, nacido en Tel Aviv. Según parece, el motivo de su estancia en Norteamérica era perfeccionar conocimientos sobre el idioma. Ya entiendes, ¿no? Quiero su historial desde que nació. —Correcto, ¿algo más?

Curtis negó con la cabeza.

—Te quiero esta noche, a las ocho, aquí, con información.

—O.K.

Salíó Teller en el momento que entraba Mark Laudan con mejor aspecto que la noche anterior.

—¿Algo para mí, Curtís?

—Una mujer llamada Eva Koster. Actriz de televisión. Embustera consumada. Averigua lo que puedas de ella. ¡Ah!, da un repaso a los ficheros.

—¿Crees que pueda tener antecedentes?

—¿Por qué no? ¡Ah!, otra cosa. Quiero enterarme de la marca de esas medias. Fabricantes. Calidad. Salida que tienen entre el público. Establecimientos que suelen tenerlas en *stock*, prefiriéndolas a otras marcas. ¿De acuerdo?

—Me pongo en movimiento.

Y diez minutos después, Curtis Wilder hizo lo propio.

Sí, necesitaba hablar con ella.

Una excusa con su propia conciencia.

Tenía ganas de verla.

Y es que Nora Perles destacaba tanto entre las mujeres que Curtis se veía obligado a tratar, incluida la exhaustiva Perla, que se sentía influido de una forma extraña por el candor que emanaba de la muchacha.

Moralmente, estaría destrozada.

Tenía la obligación de ayudarla y protegerla. Sí, eso era cierto. Tenía esa obligación.

Nora Perles.

Fueron muchas las ideas que circularon por el cerebro de Curtis mientras caminaba por la calle, en busca de un taxi.

Habíase acercado al bordillo en el momento de distinguir uno libre cuando un estupendo «Zephir» rojo se detuvo frente a él con estridente chirridos de frenos.

—¿Le sirve el mío, agente?

Menuda cara la que asomaba por la ventanilla.

Curtis Wilder se juró solemnemente no haber visto en su vida en su azarosa vida, un rostro como aquél.

Ni Perla. Ni Eva.

Ni Nora, tan siquiera.

Aquella carita era lo más precioso que podía «fabricarse» en el momento, en el crítico momento actual.

—¿Quién eres tú, «Popea»?

Sonrió ella con una boca de labios suaves, rojos, húmedos, frescos, deliciosos y sensualmente carnosos.

De miedo.

—Me llamo Marta Krugger. Estoy deseando hablar contigo, agente.

Así de clara. Expresándose con desparpajo. Sin complejos. Sin prejuicios.

Curtis se inclinó ligeramente sobre la ventanilla, y tropezó con unos ojos verdes como esmeraldas que lo miraban con un brillo irónico. Unos ojos grandes y rasgados.

Llevaba un abrigo de color «beige», entreabierto, que mostraba a ráfagas una blusa lila, muy transparente, que permitía acceso visual a una falda tubo subida por encima de la rodilla y apuntaba la mancha rosada de unas carnes prietas.

—¿De qué me conoces?

Volvió a sonreír Marta.

—Sube y te lo diré.

Abrió la portezuela, y Curtis se coló en el auto.

Ahora podía verle las piernas mejor.

Mucho mejor.

Muchísimo mejor.

—¿Eres modelo, Marta?

—Si no tuviese un padre millonario, lo sería. «Percha» tengo, ¿no?

¡Vaya si la tenía! Como para colocarle un buen «abrigo».

—Desde luego, muñeca. ¿Y a mí qué diablos me importa?

Marta puso el vehículo en marcha, conduciendo con prudencia y pericia a través de las calles de Miami.

Tardó en responder hasta el momento en que un disco rojo la hizo pisar el freno.

No fue respuesta.

Fue pregunta.

—¿Sabes que iba a casarme?

Curtis, mirando aquel rostro encantador y aquellos ojos seductores, repuso:

—Lo siento por él.

—Bien haces, está muerto.

—Mi más sentido testimonio de condolencia. ¿Qué más?

Cambió la luz, y ella aceleró de inmediato.

—Se llamaba Josef Bulder.

Curtis Wilder, como si acabaran de clavarle un alfiler en la nuca, cosa muy dolorosa, si el alfiler es largo, dejó traslucir en su gesto y la mirada de sus ojos un interés palmario.

—Detente delante del primer *snack* fino que reas.

—¿Por qué? —inquirió ella burlonamente.

—Sencillo. Porque tú y yo tenemos que hablar largo y tendido.

Marta, bailando en sus ojos una risa irónica, obedeció.

El *snack* no estaba mal. Tampoco las «tiparracas» que se hallaban sentadas ante algunas mesas, solitarias, faldas por encima de la rodilla, piernas cruzadas, etc, etc...

Buscaron una mesita solitaria. Tanto como las niñas de turno.

La encontraron en la segunda sala, y muy al fondo.

—¿Qué van a tomar?

—Un «martini» seco. Muy seco —dijo Curtis, después de que ella hubo pedido un combinado.

—Veamos, veamos —musitó, de nuevo, el agente, una vez desapareció el camarero—. Te llamas Marta Krugger. De profesión, lucir los cochecitos que te compra papá. Ibas a casarte con un chico llamado Josef Bulder. No te casas porque se ha muerto. Y ahora me pregunto yo, ¿cómo sabes que está muerto? Ningún periódico de Miami ha publicado la noticia. ¿Que por qué? Sencillo. Porque yo me he encargado de que así sea. No me interesa que el asunto trascienda a Washington durante las próximas cuarenta y ocho horas. Sin embargo, tú sabes que él está «fiambre», y que yo soy agente... ¿Cómo sabes tantas cosas?

Marta Krugger extrajo de su elegante bolso un paquete de cigarrillos. Le alargó uno a Curtis.

—Sólo fumo negro.

Ella se encogió de hombros, puso un pitillo entre sus labios de fresa, y esperó a que él le ofreciese lumbre.

Exhaló la primera columna de azulado humo. Llegó el camarero con el servicio, y se largó con rapidez, luego de dejar bajo un plato el correspondiente *ticket*.

—No te asombres —dijo Marta, mirándole rectamente a los ojos—. Estuve ayer en casa de Josef...

—¡Vaya! Sí que estaba el chico solicitado. Pues, la verdad, no había para tanto. Ya eres la segunda que estuvo ayer noche en su apartamento. Y, claro, lo encontraste muerto. ¿Es así?

—Correcto.

—¿Por qué no avisaste a la policía?

—Tuve miedo de verme involucrada en un asesinato.

—¿Y por qué acudes a mí, ahora? Soy policía federal, y puedo involucrarte en lo que ayer no deseabas verte liada.

Marta inhaló humo nerviosamente.

—¿Dejas que me explique?

Curtis sorbió su «martini» sequísimo.

—Hazlo.

—Yo no estaba enamorada de Josef —soltó ella, de repente—. Pero sí dispuesta a casarme con él.

—Una contradicción que se da con frecuencia, pero que en tu caso no tiene lógica. Que yo sepa, Josef carecía de cuentas corrientes y demás «detallitos» económicos, que hacen a un hombre en exceso atractivo a los ojos de una mujer ambiciosa. Tú no eres ambiciosa..., papá tiene «pasta» larga. ¿Por qué estabas dispuesta a «sacrificarte»?

Marta Krugger apagó nerviosamente el cigarrillo. Dudó unos segundos antes de responder:

—Para salvarle la vida a mi padre.

Esta vez, Curtis se vio sorprendido de todas todas.

Enarcó las cejas.

—Eso no está nada claro.

Tomó ella su combinado de un solo trago.

—Mi padre es alemán.

—Hitler también lo era, ¿y qué?

Marta, cuyo nerviosismo crecía por momentos, musitó:

—Josef tenía encomendada la misión de matar a mi padre.

Las cosas se iban complicando por momentos.

—Marta, encanto, ¿por qué no hablas de una forma que pueda entenderte? Con claridad, y desde el principio. ¡Ah!, no me digas que Josef Bulder era universitario y que estaba aquí perfeccionando el idioma porque ya me lo han dicho cincuenta veces. ¿Empiezas?

Inclinó ella la cabeza.

—Bulder consiguió un empleo en la fábrica de aparatos electrodomésticos de la que mi padre es dueño y gerente. Explicó su situación. Estudiante de posibilidades económicas muy limitadas, que necesitaba costearse por sí mismo los estudios. Así nos conocimos. En el despacho de papá. Josef le estaba presentando un trabajo que le había sido encomendado, cuando yo llegué. Se fijó en mí. Desde entonces, no dejó de seguirme, asediarme, hablarme, jurarme su amor y suplicar accediese a casarme con él. Mis reiteradas negativas le obligaron a decir la verdad, al darse cuenta de que nada conseguirla. Me dijo una noche, inesperadamente: «NO SOY UNIVERSITARIO, SOY UN ASESINO PROFESIONAL».

Curtas, que seguía atentamente las explicaciones de ella, no hizo gesto alguno de sorpresa, pero preguntó:

—¿Tenía que matar a tu padre porque es alemán?

—Exacto. Josef pertenecía a una organización clandestina israelita, que se dedica a exterminar cuantos alemanes se encuentran afincados en Estados Unidos. Creo que se llama S.R.J., lo que significa Sociedad de Represalia Judía. Josef me dijo que, si se casaba conmigo, podría evitar la muerte de mi padre; de lo contrario..., me dio una semana de plazo para que lo meditase. Ayer vencía ese plazo. Pero no pude decirle a Josef que estaba dispuesta a casarme con él. Ya lo sabes. Estaba tendido al pie del teléfono, con una media de nylon anudada al cuello. Salí enseguida del apartamento y me escondí en una calle transversal. Desde mi coche, vi llegar a la ambulancia, al forense, a la policía y también a ti. No me ha costado mucho saber que te llamas Curtis Wilder, y que eres agente del F.B.I.

—¿No has averiguado nada más?

Movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No. Nada más. Pero tengo miedo. Sé que Josef no estaba solo. Que hay otros individuos que pertenecen a esa organización y que...

—Y que lo mataron cuando se disponía a comunicar al F.B.I., datos reveladores. Seguramente, te amaba de verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba dispuesto a renunciar a ti. Lo que es lo mismo, no quería obligarte a que te casases con él. Por eso trató de comunicarse con nosotros, y explicar la verdad. De esa forma, salvaría la vida de tu padre, por amor a ti, y no te obligaría a casarte.

Marta ocultó su bello rostro entre las manos.

Curtis, entretanto, pensó que las cosas iban aclarándose. Lo concerniente al asesinato cometido en la persona de Josef Bulder empezaba a tener una razón de ser.

¿Jack S. Perles?

No. Eso no estaba claro, ni por asomo.

—¿Por qué has decidido confiarte a mí?

Se encogió de hombros la hermosa muchacha.

—Ni yo misma lo sé, Curtis. A veces, en la vida, nos dejamos arrastrar por impulsos contra los que nada puede nuestra voluntad. Venir a ti, ha sido un Impulso. Quizá porque tu aspecto me ha inspirado confianza.

—Podrías decir que te gusto. Sonaría mejor, y hasta me lo hubiera creído.

Marta sonrió.

—No estás mal, Curtis. Hay algo en ti que te hace interesante. Tus maneras decididas, tu personalidad... se ve que eres activo. Lo que vosotros llamáis hombre de acción.

—Buena sicóloga, amiga Marta. ¿Está tu padre enterado de todo el jaleo?

Lanzó la pregunta de una forma desconcertante. Y Marta respondió negativamente. Con contundencia:

—¡No! El cree que yo estoy..., que yo estoy locamente enamorada de Josef, y dispuesta a casarme con él, contra su voluntad.

—Claro, claro, papá quiere para ti algo mucho mejor. Correcto. Gracias por todo, Marta. ¿Me das tu domicilio, número de teléfono y demás detallitos que un policía debe conocer?

—¿Policía u hombre?

—Digamos que las dos cosas.

Sonrió Marta encantadoramente. De su bolso sacó una tarjeta, que entregó al federal.

—Aquí tienes. Si me necesitas para algo...

—De momento, te necesito para cenar esta noche. Así podrás ampliar tus explicaciones con algún detalle que se te haya olvidado en este momento.

—Eres un cínico estupendo.

—Lo que significa que esta noche cenamos juntos, ¿no?

—De acuerdo..., F.B.I.

—Pasaré a recogerte sobre las diez. Como no tengo coche, usaremos el tuyo, ¿te parece bien?

Marta Krugger se puso en pie, entrecerrando pícaramente su ojo derecho.

—Me parece estupendo, agente.

Curtis abonó la consumición, y ambos salieron a la calle.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —inquirió Marta, al tiempo que abría la portezuela.

—No, preciosa. Para pensar necesito caminar. Soy un tipo muy raro.

—Y atractivo.

Eso lo dijo ella, al colocarse en el interior del «Zephir».

Y pasó lo que pasa cuando una mujer lleva una falda corta y entra en un coche bajo.

Curtis se impuso de unos detalles agradables y unos lunares preciosos.

Arrancó el auto velozmente.

Wilder siguió caminando con lentitud. Repasando hechos.

Algo destacaba, entre todos sus pensamientos. La contradicción existente entre lo que había dicho Eva Koster y lo que acababa de decirle Marta Krugger.

Según la primera, Josef estaba locamente enamorado de ella hasta el extremo de negarse a devolverle cartas y fotografías.

Según la segunda, Josef ejercía coacción sobre ella para que se casara con él. Le ofrecía la vida de su padre, a cambio...

No.

Todo aquello olía mal.

¿Cuál de las dos mentía?

No era posible que Josef estuviese enamorado de las dos.

¡Y qué casualidad! La noche anterior, por diferentes circunstancias, ambas habían acudido al apartamento del muchacho.

Las dos lo habían encontrado muerto.

Una mentía.

¿Cuál y por qué?

También recordó la nota que Mark Landon le facilitara, de las pocas palabras que Bulder había pronunciado por teléfono: «Fay seis hombres en Estados Unidos dispuestos a...».

Otro enigma. Como la muerte de Jack S. Perles.

Precisamente, él había salido para dirigirse a...

—¡Taxi!

El coche circulaba pegado a la acera por la que Curtis caminaba.

Se detuvo suavemente.

—¿Dónde, señor?

El federal dio la dirección de Nora Perles.

Arrancó el vehículo, y Curtis sumióse de nuevo en sus meditaciones.

Quizá por eso no se percató de que el chofer manipulaba una serie de mandos que no tenían que ver con el funcionamiento mecánico del coche.

Y tarde se dio cuenta de que una ventanilla había nacido misteriosamente entre el departamento anterior y posterior.

Sin tiempo a reaccionar.

Las portezuelas, tanto la de un lado como la de otro, estaban cerradas herméticamente.

Los cristales eran irrompibles.

¡La atmósfera, irrespirable!

Curtis Wilder experimentó una agobiante sensación de asfixia.

El aire no llegaba a sus pulmones.

Pecho y garganta parecían a punto de estallar.

Se le desorbitaron los ojos.

No fue una excepción. Como hubiera hecho otro mortal cualquiera, arañó desesperadamente el vidrie que le separaba del conductor.

La conciencia iba escapando de su cuerpo.

Lo último que vio fue la sonrisa sádica del chofer, a través del retrovisor.

Después la oscuridad impenetrable de un pozo sin fin, por el que rodaba desmadejadamente, igual que un muñeco de trapo.
¿Era eso la muerte?

CAPÍTULO V

Levantó la cabeza como si intentara emerger de las espesas tinieblas que lo envolvían.

La oscuridad era espesa y pegadiza.

No.

No se la podía quitar de encima.

—¿Le echo un jarro de agua?

Oía voces.

Como si viniesen de muy lejos.

De otro mundo.

—Espera a ver si reacciona.

Todo parecía irreal.

Trató de moverse, y lo consiguió. Pero con más dificultades de las previstas.

Se restregó los ojos furiosamente.

Macla.

Tinieblas.

Estaba sentado en el suelo.

—Parece que reacciona —dijo alguien—. Enciende el foco.

Un chorro de luz cayó sobre los castigados ojos de Curtís Wilder, obligándole a parpadear rápidamente.

Era hiriente aquel torrente luminoso que cegaba su retina.

—¡Apaguen eso! —gritó con rabia, extrañándose de su propia voz.

Sonó una carcajada burlona.

—¿No te gusta, federal? Pues no es ni más ni menos que la misma «medicina» que vosotros recetáis.

¡Levantadlo!

Curtis, tratando de componer la situación, esforzóse por

identificar algo que le resultase familiar, no captó aquél: «Levantadlo».

Cuando vino a darse cuenta, ya estaba izado en el aire por cuatro brazos poderosos, que parecían levantarlo sin grandes esfuerzos.

Algo le fue ceñido a las muñecas.

Dos argollas metálicas, parecidas a las esposas que él llevaba en uno de los bolsillos.

Pero, no.

Aquellas argollas colgaban de una pared húmeda.

Porque pronto sintió un contacto frío contra su espalda.

Alguien le separó los pies, haciendo con los tobillos lo mismo que con las muñecas.

Lo habían colgado en cruz contra una pared, que rezumaba humedad.

—En esa posición, sin comer ni beber, no sé exactamente las horas que resistirás, Wilder. Setenta y dos..., quizá llegues a los cuatro días. Pero morirás. Es indefectible. ¿Sabes por qué? Porque estás metido en un asunto peligroso. Es mucho mejor que te comuniques con Washington, y dejes que ellos envíen un nuevo inspector que se haga cargo del asunto. Empiezas a entender demasiadas cosas, y eso no me conviene. Con Bulder y Feries empleé la media de nylon. Contigo, no, porque ya sería excesivo que relacionasen las tres muertes, ¿comprendes? Pero... voy a ser generoso contigo. Abandona la investigación, pide el traslado, lárgate de Miami... y vivirás.

Era la misma voz que le había hablado al principio.

—Si me tienes así setenta y dos horas, estoy seguro de que abandonaré Miami en una caja de pino.

—Tienes suerte de no haber llegado muy lejos, Curtís. De lo contrario, tendrías ésa «caja» garantizada. ¿Aceptas... o mueres?

—¿Hago cara de idiota? ¡Naturalmente que acepto! Pero necesito tiempo. No me puedo largar de Miami, así por las buenas. Dependo de un organismo, cuya central está en Washington. Debo solicitar mi traslado, y aportar razones convincentes que lo apoyen.

—Eso corre de tu cargo, federal. Te doy tres días de tiempo. ¡Ah!, no olvides que en esos tres días de magnánimo plazo que te ofrezco, el asunto de las medias de nylon ha muerto para ti.

—Correcto, misterioso amigo. ¡Ah! ¿Puedo hacerte una pregunta?

Oyó una risita seca.

—Adelante, hazla.

—Imagino que eres el jefe de ese organismo que se llama S.R.J., ¿verdad?

—Estás hecho lo que se dice un lince, Curtis. Soy exactamente esa persona. El jefe, aquí, en Estados Unidos. Pero dependo de una central y un organismo más poderoso que ése en que tú militas. Para nosotros no hay nada imposible. Mataremos cuantos agentes del F.B.X. traten de inmiscuirse en nuestros asuntos. Y tú... tienes opción a ser el segundo, si no cumples lo que has dicho. Un paso en falso te costará la piel, no lo olvides.

Se registró un pequeño silencio.

Luego, la misma voz, una voz sin matiz ni entonación, sin inflexiones, monótona y fría, desfigurada por su propietario, sin duda, a través de algún instrumento, ordenó:

—¡Lleváoslo!

Se apagó el foco.

Un par o tres de tipos, eso calculó Curtis, se movieron en la oscuridad.

Y él regresó a ella. A las tinieblas.

Porque algo duro golpeó contra su nuca.

Lucecitas multicolores saludaron con sus guiños burlescos la caída del federal por aquel abismo sin fin.

CAPÍTULO VI

Lo habían tirado en el hueco de un lóbrego portalón.

En una calle angosta, tortuosa, estrecha, sucia y mezquina, que formaba parte de un barrio de Miami que, sin nombre determinado, daba albergue a todo lo más bajo de la ciudad.

Maleantes, mujeres de vida peor, tascas, garitos, lupanares...

Un poema.

Se incorporó, frotándose las sienes.

Una tiparraca que llevaba en la cara dieciséis clases de porquería diferentes, que tenía una papada toda pellejo, una boca procaz, de labios blanquecinos, y unas carnes flácidas que daban asco, se le acercó, provocativa, tirando hacia bajo del escote.

—¿Vale, «chato»?

Curtis, que venía de un mundo oscuro, se encontró en un mundo puerco.

Inmundo.

—Lárgate de mi vista.

Rió ella asquerosamente.

—Anda, bobo, que sé cada cosa.

—He dicho que te largues... ¿o prefieres que te cruja esa sucia cara que tienes?

Ella, desairada, dijo algo sobre los progenitores de Curtis. Y él, automáticamente, le sacudió un «hachazo» en mitad del rostro que la mandó al otro lado de la calle.

El joven siguió frotándose sienes y muñecas mientras caminaba en busca de la salida de tan inmundo reducto.

La fulana, a su espalda, se despachaba con una «lengua» que erizaba los cabellos.

¡Por fin!

El taxi, libre, estaba estacionado en la esquina de Eureka Orive con Tallahassee Road.

El chofer leía Una revista cinematográfica francesa, con profusión de niñas muy bien «fabricadas» y muy mal vestidas.

¡Cómo se lo pasaba el tío!

Mejor que si le hubiesen propuesto una carrera de doscientos kilómetros y cien dólares de propina.

Curtis, oyendo aquel refrán universal que habla de que los gatos quemados no quieren saber nada con las neveras —bueno, de no ser así, es algo muy parecido— se dirigió al taxista, credencial en ristre.

El tipo soltó en el acto la sustanciosa ilustración que acaparaba en aquel instante todos sus sentidos... y más que hubiese tenido.

—¡Eh! ¡Oh, disculpe! ¡A su disposición!

Curtis sonrió extrañamente.

—Despacio, amigo. Su «carnet» de conducir y la patente de identificación fiscal. Soy muy curioso, ¿sabe? Sí, sí, voy a tomar nota. Acabo de tener un pequeño percance con un colega suyo... y como hay una confianza que da asco..., usted me comprende, ¿verdad?

El pobre hombre sólo comprendía la inteligencia del editor que publicaba aquellas revistas a todo color, con aquellas chicas a todo...

Pero como el tipo era del F.B.I., le entregó cuanto pedía.

Curtis subió entonces y dio una dirección.

—Vamos volando —dijo el chofer, tratando de mostrarse lo más servicial posible—. ¿Tiene mucha prisa?

—Relativa. No hace falta correr mucho.

No.

No corrió mucho.

N.W.

77 Th.

Avenue.

Ésa es una calle de las calles más largas de Miami. Ésa es una calle donde vive la gente con «pasta» larga, donde se encuentran multitud de chalets, palacetes, residencias, etc.

Frondosos jardines los rodean.

Artísticas verjas de hierro o madera.

Y la N.W.

77 Th.

Avenue está, además, flanqueada por una interminable hilera de palmeras, que barajan, caprichosa y graciosamente, el dispar verde de sus penachos obedientes.

Obedientes porque se inclinan muy educados hacia aquéllos que transitan a la altura de sus abruptos troncos.

En el 1618 de semejante paraíso, había construido Jack S. Perles su residencia.

Y no precisamente gracias a su sueldo como inspector-jefe de la División en Miami, sino porque su fallecida esposa formaba parte de una adinerada familia de la ciudad.

Nora, muy sola en aquel palacete, rodeada de criados y comodidades, eso sí, ya no volvería a sentir por aquellas lujosas paredes el cariño que sintiera en vida de su padre.

Todo se convertiría en una montaña de recuerdos.

Legado postrero de quien había abandonado a la deliciosa criatura que, al margen de su profesión, le animaba en una existencia, a veces monótona.

Como monótona sería ahora la existencia de ella.

Tras la verja de artístico hierro forjado, se iniciaba un parque de ensueño, y en él se alzaba el pabellón del portero.

Un anciano bondadoso y cordial, que ya recordaba haber visto a Curtis en otras ocasiones.

—Sí, la señorita está en casa. Pero ¡cómo está la pobrecilla! Destrozada...

—Lo comprendo —asintió el federal—. ¿Puedo subir a verla?

—Por supuesto que sí.

Curtis saludó al hombrecillo alzando la mano derecha, y ascendió por el sendero de grava que, orillando cuadros de flores, setos, rectángulos de césped y arbustos, conducía a la entrada de edificio.

El ambiente que se respiraba en aquel parque era fragante y oloroso. Casi embalsamado por el perfume penetrante de alguna clase de flores.

La construcción, por su arquitectura, tenía ribetes de estilo inglés. Pero salpicado con trazos modernos, con golpes *snoobs*, posteriores a su inicial estructura.

Agradable a la vista, sí lo era.

Un reverencioso mayordomo, advertido por teléfono desde el pabellón de la portería, le aguardaba al pie de las anchas escalinatas.

—Buenos días, señor Wilder —y, al reparar en su aspecto físico, inquirió—: ¿Le ha sucedido algo?

—Nada. Olvídelo. Gajes del oficio. ¿Puedo ver a Nora?

Asintió con una nueva reverencia, le indicó que le precediese y le acompañó hasta la biblioteca.

—Enseguida le comunico que está usted aquí.

Curtis dio un vistazo a la estancia.

Regia y severamente amueblada. Las estanterías estaban compuestas por madera tallada, de precio, y almacenaban cantidad de volúmenes, en especial, tratados de criminología, encuadernados en tela y oro.

Tan enfrascado estaba recorriendo estantería tras estantería, que no llegó a sus oídos el suave gemido de los goznes de la puerta al abrirse.

Tampoco las pisadas de ella, sobre la tupida alfombra.

—Buenos días, Curtis.

Se volvió, ligeramente sobresaltado.

Estaba muy cerca de él.

Vestida de luto riguroso. Con unas profundas ojeras. Con los ojos húmedos, y evidentes señales de haber derramado muchas lágrimas.

Pero todo ello no restaba un ápice a su dulce belleza, la fragilidad de su cuerpo delicioso, la limpieza de sus curvas suaves, la plenitud de sus senos prietos, breves pero atrevidos.

—Buenos días, Nora —repuso Curtis, luego de mirarla en respetuoso silencio—. ¿Cómo te sientes?

Dejóse caer la muchacha en una mullida butaca, cerca de una mesa ratona.

—¿Cómo quiere que me sienta, Curtis? Deshecha, destrozada. Muerta en vida.

Curtis tomó asiento en la butaca pareja que había al otro lado de la mesa.

—Lo comprendo, Nora. Y también comprendo que mi visita no es muy oportuna, ni muy delicado el tema de conversación que debo manejar. Pero, necesario. Es imprescindible que esclarezca la muerte de tu padre antes de setenta y dos horas, antes de que

trascienda, y Washington tome cartas en el asunto. Para ello, preciso tu colaboración.

Inclinó ella su cabecita.

Sus cabellos azul-negros lanzaban agudos destellos.

Y sus ojos verdes, lo eran menos que los de Marta, pero parecían más limpios, más sinceros.

—Le escucho, Curtis.

Wilder tragó saliva.

Iba a ser difícil formular ciertas preguntas.

—Nora —empezó—, estoy convencido de que la muerte de tu padre estaba, mejor dicho está, relacionada con un asunto de índole particular. ¿Cómo te explicaría...? Quiero decirte que no se trata de una venganza, de un delincuente a quien él hubiese detenido, de alguien que lo odiara. No, estoy seguro de que no se trata de eso. ¿Sabes por qué?

—No.

—La puerta de entrada de la División queda cerrada por las noches. Hay un timbre que suena en el despacho del agente que está de guardia, so pena de que el inspector-jefe lo conecte a su propia oficina. Mark Landon no oyó sonar ese timbre. Tu padre lo había desconectado..., es lo que imagino, porque no hay señas de que la puerta de entrada fuese forzada. Todo eso significa que tu padre pretextó asuntos urgentes que solucionar para quedarse en su despacho y recibir la visita de la persona que luego lo asesinó. Cuanto te estoy explicando es fruto de mi pensamiento y de la hipótesis que estoy trazando, o sea, que solamente yo lo sé. Mark es un inexperto, que todavía no está capacitado para otra cosa que no sea tomar notas por teléfono.

Nora, alzando con lentitud sus húmedos ojos, clavó el inmenso verdor de sus pupilas en el rostro del federal.

—¿Quieres decir que mi padre ocultaba algo... —se le cortó la voz como si no se atreviese a dar el acento suave a una palabra que sonaba dura. No obstante, terminó—: algo sucio?

—Sí, he querido decir eso. Pero no he querido decir que tu padre ocultase algo suyo.

—No le comprendo ahora.

—Me refiero a que tu padre trataba de proteger a alguien, de evitar que se hiciese público un hecho que podía desacreditar a una

persona de su aprecio.

Ella, dubitativa, temblorosa, inquirió:

—¿Una persona de su aprecio...? ¿Quién?

Curtis Wilder cuadró los hombros y encajó las mandíbulas. Dijo, a continuación, con estudiada lentitud:

—Tú..., por ejemplo.

Nora Perles abrió los ojos. Clavados en el rostro de Wilder, los tuvo a lo largo de varios minutos.

En silencio.

—¿Cómo...? ¿Qué insinúa? ¿Se atreve a decir que hay algo sucio en mi vida? Algo que ha sido causa y motivo del asesinato de mi padre. ¡Eso..., eso se atreve a decir!

Wilder ya sabía que su papeleta con respecto a la muchacha iba a ser difícil.

—No afirmo, ni siquiera insinúo. Es una posibilidad que apunto, como podría apuntar otra cualquiera. No debes juzgarme mal, Nora. Estoy jugando con mi vida para desvanecer el misterio que rodea ese crimen. ¿Quién mejor que tú puede ayudarme?

Nora, con recelo, preguntó:

—¿De qué forma?

—Explicándome lo que pueda haber, que yo ignore.

—No hay nada, Curtis.

Era la primera vez que Curtis Wilder oía a Nora responder de una forma tan rápida como violenta.

Dura.

Nerviosa.

—¿Estás segura?

Se incorporó, rojas las mejillas.

—¡Basta, Curtis! ¡No tiene derecho a hacer esto conmigo! ¡Márchese! ¡Déjeme sola!

Wilder se puso en pie. La sujetó por los hombros. La atrajo hacia él.

Besó la tersa y femenina frente con reverencia.

—Perdona, Nora.

Y salió silenciosamente de la estancia.

Pero con un íntimo presentimiento que comprobaría aquella noche.

Sí, aquella noche.

Porque disponía de pocas horas para jugar con ventaja contra el jefe misterioso del S.R.J.
Y contra Washington.

CAPÍTULO VII

Llegó a su despacho cuando ya las primeras sombras de la noche se cernían sobre el cielo azul de la ciudad multicolor.

De Miami.

Los informes forenses seguían estando encima de la mesa. Y Wilder, cosa que no había hecho por la mañana, procedió a leerlos íntegramente.

Pura rutina.

El referente a Josef Bulder, correcto.

Se envaró Curtis, soltó un respingo, alzó la cabeza... Todo eso mientras iba leyendo el informe forense que hacía referencia a la muerte de Jack S. Perles por estrangulamiento.

No.

No tan pura rutina.

Uno de los párrafos decía textualmente:

«Por la posición en que fue hallado el cadáver y la situación del nudo que produjo su muerte por asfixia, se deduce que el estrangulamiento no se produjo en la inicial posición que ocupaba el muerto detrás de la mesa, sino que, habiendo entrado en colisión con la persona que trataba de estrangularlo, le fue anudada la media estando de pie y separado de la mesa en la que posteriormente se le encontró».

Curtis leyó por segunda vez el informe.

De acuerdo con lo que le dijera a Nora, por la mañana, estaba

convencido de que el inspector-jefe había esperado intencionadamente a alguien —el asesino—, para discutir o llegar a un acuerdo sobre un asunto que afectaba a Perles particularmente.

Sólo así se explicaba que Mark Landon no hubiese oído el timbre ni tampoco escuchado entrar a nadie en el edificio.

Jack S. Perles, por supuesto, ignoraba el funesto final que iba a tener su secreta entrevista.

Y ahora, con el informe forense en mano, era obvio llegar a la conclusión de que había habido lucha.

Pero resultaba difícil creer que el inspector hubiese resistido tan poco a la muerte, ya que no se habían encontrado señales evidentes de lucha.

Cabía la posibilidad de que el asesino, premeditadamente, hubiese obligado al inspector a levantarse, sorprendiéndole luego con la media y asfixiándolo.

Hipótesis, cábalas, teorías.

Josef Bulder pertenecía a una organización de seis individuos que se dedicaban a «liquidar» alemanes.

Tardía y absurda represalia.

Claro que eran muchos los germanos que se habían refugiado en América del Norte o del Sur, al término de la Segunda Guerra.

Y los judíos eran perseverantes e implacables en su persecución. El caso de Eichmann era una prueba fehaciente.

Aunque a Martin Bormann, al que llevaban veinte años buscando, y a pesar de las muchas historias que habían circulado, no habían conseguido cazarlo.

Ésos eran los importantes.

Pero, por lo visto, Bulder y compañía se dedicabas a los alemanes..., podía llamárseles de poca monta.

Correcto. Pero ¿dónde encajaba la muerte del inspector-jefe?

No había más respuesta que la que Curtis imaginaba.

Chantaje.

Trataban de obligarle a algo, por medio de ras secreto que Perles intentaba ocultar a toda costa.

¿Obligarle a qué?

¿De qué secreto se valían?

Dos sencillas preguntas sin respuesta. Y en la respuesta podía residir la clave.

¡Ah!, otro detalle que olvidaba.

Marta y Eva... Eva y Marta.

Dos mujeres diferentes. Dos dudas. Dos mentirosas. ¿O sólo una? Una. Sí, una. Y tenía que saber cuál de ellas era esa... una.

Confundido en una vorágine de pensamientos, a cuál más confuso, le sorprendió la puntual llegada del desgarrado Henry Teller.

Con sus trazas de indolente estibador de muelle.

Pero activo. Rápido. Puntual.

—¡Hola, viejo! ¿Cómo «chuta» el asunto?

Curtis alzó la cabeza.

—Mal. Rematadamente mal.

Teller frunció el entrecejo.

—¿Tienes las orejas a punto?

—Desembucha —dijo Curtis.

Henry tomó asiento frente a él.

—Josef Bulder, israelita, nacido en Tel Aviv el 15 de setiembre de 1942. Estudiante de Filosofía y Letras, experto en Ciencias Económicas..., un cerebro super-privilegiado. Desde 1963, en Estados Unidos para perfeccionar conocimientos de nuestro idioma. Detenido en Baltimore, noviembre de 1964 por intento de homicidio en la persona del súbdito alemán Hans Boldner. Declarado inocente, por falta de pruebas. Se estableció, con posterioridad, que formaba parte de una organización secreta judía, conocida con las siglas S.R.J.

»Compartía sus actividades clandestinas con el supuesto motivo de su estancia en Estados Unidos. Dominaba a la perfección nuestro idioma. Simulaba obtener empleos, arguyendo necesidad económica para sufragar sus estudios, y solía introducirse, con ese argumento, en empresas privadas, regentadas por alemanes o en las que, por lo menos, trabajara algún núcleo destacado de personal germano. Se limitaba a informar, visto su fracaso en Baltimore, en evitación de ulteriores complicaciones con la policía. Sus colegas efectuaban los trabajos sucios. Se calcula en sesenta y cinco el número de súbditos alemanes asesinados misteriosamente en los últimos cuatro años.

»Llegó a Miami en marzo de 1965, y poco tiempo después obtuvo un cargo administrativo en la “Krugger y C.º Ltd.”, y pronto destacó por sus aptitudes profesionales. Poco tiempo después, se le

vio frecuentar la compañía de una mujer llamada Eva Koster, de nacionalidad polaca, y afincada en Estados Unidos desde cinco años atrás, por motivos artísticos. Desde 1965, en Miami, contratada por una productora americana para rodar una serie de telefilms para T.V.

»Posteriormente, Josef Bulder se dejó ver con Marta Krugger, hija del dueño de la empresa donde prestaba sus servicios. Circuló el rumor de que iban a contraer matrimonio».

—Es suficiente —le atajó Curtis—. Más o menos lo que ya sabía.

En aquel momento hizo acto de presencia el novel agente Mark Landon.

—Tengo la información que me pediste esta mañana, Curtis —dijo al entrar.

—Correcto. Ya puedes ir saltando la lengua.

Mark Landon extrajo una serie de cuartillas que llevaba enrolladas con una goma elástica, en el bolsillo interior de su «saco».

Empezó informando de Eva Koster:

—Nacida en Polonia. De padre polaco y madre judía...

—Alto —le cortó Wilder con cierta excitación—. Has dicho suficiente.

—Pero...

—Pero lo demás ya lo sé. Me faltaba eso. Saber que es descendiente de judíos. La cosa va tomando color. ¿Qué hay de las medias?

—Nada. Una marca vulgar y corriente, que se vende por el estilo de otras marcas. Sin sobresalir.

—Lo suponía. Podía ser un detalle revelador, pero lo más probable es que, como ha ocurrido, no lo fuese.

Se hizo un silencio.

Tras él, Curtis, encarándose con sus dos compañeros, dijo, con el semblante hosco:

—Disponemos de muy poco tiempo para solucionar este enigma... ¡y oídmelo bien!, cuando informe a Washington, quiero hacerlo concretamente. Con resultados positivos. Y para ello, tenemos que trabajar día y noche sin descanso. De lo contrario, nuestro director Edgar Hoover nos trasladará a cualquier puesto administrativo hasta que nos muramos de asco. El inspector-jefe ha

sido asesinado. Y nosotros, sus subordinados, tenemos la obligación moral y profesional de esclarecer el crimen sin necesidad de que Washington envíe a sus expertos y se nos tache de inútiles. ¿Está eso claro?

Henry Teller y Mark Landon cabecearon contundentemente.

—¿Qué debemos hacer? —inquirió el primero.

Curtis tardó unos segundos en responder:

—Esta noche... —consultó su reloj—, dentro de media hora, exactamente, tengo una cita. Ella se llama Marta Krugger. Supongo que ya sabes de quién se trata, ¿no, Henry?

—Correcto. La hija de Franz Krugger.

—Ésa es. Tú nos seguirás esta noche, Henry. Y, cuando yo la deje, no te despegues de ella, ¿entendido?

—Sin dudas.

—¿Y yo? —preguntó Landon.

Curtis sonrió al novel y ansioso agente especial del F.B.I.

—Me esperarás, a la una en punto de la madrugada, en el 1618 de N.W.

77 Th.

Avenue.

—¡Oye! ¿No es ése...?

—Ése es el domicilio de nuestro inspector-jefe, sí. Una advertencia, Mark: Nadie debe verte rondando por los alrededores. Te sitúas en la parte de atrás de la verja, o sea, en Okeechobee Road.

—¿Vamos a entrar subrepticamente?

—Eso es lo que pienso hacer.

Landon, evidentemente sorprendido, no tuvo aliento para exteriorizar su sorpresa.

Sólo dijo:

—Correcto. Como tú digas.

Curtis se puso en pie.

—Se levanta la sesión, caballeros.

Henry Teller bromeó:

—En mi papel de guardaespaldas, ¿te sigo de cerca «jefe»?

Curtis le propinó una palmada en la espalda, que estuvo a punto de dar con su compañero en el mosaico.

—Lo que has de procurar es no perderla a ella de vista, cuando

yo la deje.

—Sin duda, «jefe».

Salieron los tres del despacho.

La dirección que rezaba en la tarjeta era: Allapattah Avenue, 32.
En South Miami.

En otra de esas zonas residenciales.

Donde la gente que tiene de todo vive con todo y más de lo que necesita, y con todo de lo que carecer, las gentes honradas...

Bueno no he querido decir que...

En fin, eso.

El «Zephir» estaba aparcado frente a la monumental verja de un soberbio palacete con P así de grande y acento en la P.

¡Menuda vida se tiraban papá y la niña!

¡Y cómo estaba la niña!

Ahora, vestida de seminoche, y semivestida de noche, estaba como para volverse loco.

—Hola, «polizonte».

Salía del interior del coche para que Curtis pudiera hartarse de admirarla.

—¡Maravillosa!

—¿Es un cumplido?

—Es una verdad como un templo.

—Eres muy puntual, Curtis.

—Siempre lo soy cuando acudo a una cita. Y si la cita es con una mujer como tú, me esfuerzo en ser doblemente puntual.

—Te has empeñado en empezar a galantearme desde el primer minuto, ¿no? ¿Cuándo crees que caeré en tus brazos?

Curtis Wilder dio dos pasos hacia delante.

Los dos que la separaban de ella.

Sonrió cínicamente.

Dijo, burlón:

—¿Me permites?

Vio en labios de ella una sonrisa excitante.

—Te permito.

Rodeó la estrecha cintura.

—Ahora —murmuró.

Beso. Beso. Beso. Beso.

Resumiendo, un beso cuádruple, cuatro besos en uno, un beso

que valía por cuatro... o lo que cada uno quiera pensar.

Henry Teller, no muy lejos de allí, al volante de un viejo «Ford», modelo del año 60, sintió necesidad de morderse las uñas.

—¿Es una rendición incondicional? —inquirió Curtis, entrecortada la respiración.

—Si actúas siempre así, ¿quién no se rinde ante la ley?

—Los que estrangulan con medias.

—¿Alguna pista sobre los asesinatos?

—Ninguna. ¿Nos vamos?

—¿Conduces tú, Curtis?

—Correcto. Pero si me deslumbro con tus ojos..., ¿dónde iremos a parar?

—Pues...

—Tengo un amigo que dice que uno no debe preocuparse, mientras haya clínicas y hospitales.

—Opino como él.

Marta Krugger llevaba a medio poner..., bueno, lo llevaba puesto medio vestido..., bueno, como ella era alta... llevaba una sola pieza de color negro, sin mangas, ceñido contra los hombros, escotado en rectángulo, por encima de la rodilla... n. Eso.

Y al entrar en el «Zephir», ya que esperó a que primero lo hiciera Curtis y abriese la portezuela, el susodicho vestido ofreció un espectáculo en Totalscope y color técnico, de aúpa.

Curtis Wilder se desconcertó, cuestión de unos segundos, al manipular en el tablier.

Al fin, acertó al poner la llave.

Y el coche funcionó.

Funcionó todo.

Y todo, era correr mucho.

Tanto, que el del «Ford» se vio obligado a «pisar» de firme.

—¿Por qué eres tan terriblemente hermosa, tan endiabladamente seductora, tan diabólicamente tentadora?

—¿Por qué eres tan machaconamente preguntón?

Sonrió Curtis, sin apartar sus ojos del negro trazado de asfalto.

—Razones profesionales. ¿Lo mismo tú?

—No soy profesional de nada, Curtis. Sería lastimoso que me confundieras. Salgo con un hombre cuando me gusta, o lo que es lo mismo, cuando es mi tipo. Me gusta que un hombre me bese

cuando a mí me gusta que me bese, me gusta que un hombre...

El hombre del F.B.I. tomó un viraje sobre rueda y media, muy oportunamente. Porque el sobresalto evitó que Marta completara la frase.

Y uno se evita el escribirla.

—¡Curtis! ¿Te has vuelto loco?

—No del todo. Pero empiezas a volverme un poco irresponsable. Y la falta de responsabilidad ante una señorita tan generosamente dotada, ¿sabes cómo ter mina?

—Por experiencia.

—No hay más que hablar. ¿Dónde prefieres que vayamos?

—El «*Whisky North*» es un lugar excelente para tomar unos combinados.

—Correcto. Para tomar unos combinados. ¿Y para combinar nuestras afinidades?

—Conozco un motel...

—¿«Stranger You»?

Abrió sus hermosas pupilas, color esmeralda, con expectación.

—¿Cómo lo has adivinado?

Echó el freno a fondo para dejar pasar a un imbécil con melenas que conducía un descapotable como Fangio no se hubiese atrevido a hacerlo ni en Indianápolis.

—Ya te he dicho —habló, luego de dirigir esos epítetos cariñosos con que suelen saludarse los conductores de camiones al de las melenas—, que tenemos gustos afines.

—Oye... —susurró ella, acercándose como una gata mimosa.

—¿Sí, muñeca?

—Podríamos ir directamente a «Stranger You». Allí también sirven buenos combinados de esos secos que a ti te gustan.

Curtis sonrió significativamente.

—Eres una mina, monada. De acuerdo.

Y Teller, detrás, a sufrir.

Para eso venimos al mundo, amigo.

CAPÍTULO VIII

El reloj de Mark Landon señalaba la una en punto de la madrugada.

Allí, en Okeechobee Road.

Al otro lado de la verja, cuya entrada estaba en al 1618 de N. W.

77 Th.

Avenue.

Pegado a la oscuridad, el agente paseaba, con ciento nerviosismo, de un lado para otro.

Hasta que...

Hasta que algo redondo entró en contacto con su espalda y dijo una voz:

—¡No se mueva!

Mark se envaró.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

—Procure obedecer, y nada va a sucederle. ¿Es usted agente del P.B.I.?

—No.

Aumentó la presión que el objeto redondo ejercía contra su espinazo.

—Empiece a darse cuenta de que su pellejo está en juego, amigo —le advirtieron ominosamente—. Responda a lo que le pregunte, sin «equivocarse». Cuesta tan poco apretar el gatillo. ¿Es usted agente del F.B.I.?

—¡Sí, sí, lo es! —Respondió inesperadamente la voz de un tercero, a espaldas del que encañonaba a Mark—. Y yo también lo soy. ¿Quiere soltar la pistola o le taladro la nuca, antes de medio segundo?

—Tendré tiempo de disparar sobre su amigo antes de morir y...

De repente, los faros de un coche bañaron la escena con el torrente luminoso que de ellos brotaba.

—¡Al suelo, Mark! —gritó Curtis Wilder con toda la fuerza de sus pulmones.

Los dos federales se arrojaron en tierra, décimas de segundo antes.

Porque un rafagazo barrió con plomo el silencio que los faros iluminaban, en busca de los tres protagonistas de la escena.

Uno, lento de reflejos, tardó en tirarse al suelo.

Por eso lo tiraron los proyectiles.

Convertido en un surtidor de sangre.

Segado en dos.

Materialmente acribillado.

Muerto.

—¡No te levantes! —advirtió Curtis a Mark.

Ya podían hacerlo.

El coche acababa de perderse como una exhalación, rodando por Okeechobee Road a velocidad suicida.

Curtis se incorporó con precauciones. Luego lo hizo Mark Landon.

Ambos se inclinaron sobre el caído.

Estaba de bruces sobre un estigio sangriento.

Curtis lo volvió decúbito supino.

—No lo he visto en mi vida —murmuró.

—Ni yo —corroboró Landon.

Wilder, sin importarle ensuciarse las manos de sangre, registró los bolsillos de la chaqueta del muerto.

Extrajo de ellos una cartera, revolviendo los documentos que había en su interior.

Uno de ellos fue suficiente para que se impusiera de la identidad del cadáver.

Y no pudo evitar una exclamación de genuino asombro al leer el nombre.

¡Se trataba de Franz Krugger!

El padre de Marta.

—¡Es inaudito! —Fue la segunda exclamación de Curtís.

Mark, sin comprender, lo interrogó con la mirada.

—Se... llamaba Franz Krugger, ¿te dice algo eso?

Asintió el otro con la cabeza.

—Padre de la mujer con quien has estado hace un rato. Gerente de la «Krugger y C.^o Ltd.», empresa donde trabajó Josef Bulder.

—Eres un águila —bromeó Curtis.

Y no porque su ánimo estuviese precisamente para bromas.

—Era alemán —dijo Mark.

—De acuerdo, de acuerdo, ya le dije a su hija que Hitler también lo era. ¿Qué importa eso ahora? ¡Nos están sembrando el camino de «fiambres»! Y ya descartan la media de nylon, ¿sabes por qué?

—No.

—Porque temen entretenerse. Van al «grano». Crímenes sin florituras ni detalles macabros, destinados a confundirnos. Se dan cuenta de que estamos en el buen camino. No obstante... —permaneció unos segundos dubitativo—, he de reconocer que no esperaba que se «cargasen» a Krugger. Eso complica las cosas, y me hace pensar en que existe una persona con un cerebro más retorcido y diabólico de lo que yo suponía.

—De veras que no te entiendo, Curtis.

—Ni yo mismo me entiendo, Mark. Pero puedo garantizarte que nuestro asesino de la media de nylon, el que acaba de matar a este hombre, el que dirige la S.R.J., tiene las horas contadas.

—¿Sabes quién es?

—Sí. Lo sé. Hoy ha cometido un error garrafal... amén de un crimen horrible. Pero antes de «cazarlo», necesito saber por qué asesinó o mandó asesinar a nuestro inspector-jefe. Y eso, vamos a saberlo ahora mismo. ¡En marcha!

Mark, tras Curtis, caminó sobre la puntera de los zapatos, pegado a la verja del jardín.

—Saltaremos por aquí —anunció Curtis, señalando un punto determinado de la verja—. Yo lo haré primero.

¡Y con qué agilidad!

En eso, no le fue Mark Landon a la zaga.

Se internaron por el frondoso jardín, dando un rodeo en dirección al edificio y circundándolo para situarse en su parte posterior.

—Ese árbol nos servirá, Mark.

Así le dijo Curtis a su compañero, señalando un erguido arbusto,

cuyo ramaje caía sobre la balaustrada del balcón de la primera planta del edificio.

—¡Curtis! ¿No crees que los disparos habrán alarmado a la servidumbre y a la propia Nora?

—Hay mucha distancia desde allí hasta aquí. Si tienen un sueño profundo, no lo habrán oído.

—Dios te oiga. ¿Subo yo primero?

—Hazlo.

Trepó Mark por el tronco, seguido, a los pocos minutos, por Curtis. Ya en el balcón, Landon preguntó:

—Dime una cosa, Curtis: ¿por qué nos introducimos de esta forma en el domicilio del que fue nuestro jefe? ¿Qué esperas encontrar?

—Las pruebas.

—¿De qué?

—Sencillo. Del porqué trataban de hacerle chantaje, de obligarle a proceder contra su voluntad y contra su integridad profesional.

—¿Seguro que existen esas pruebas?

—Tienen que existir, Mark. De lo contrario, nunca podremos probar los motivos por los que lo asesinaron.

Mientras hablaban, habían ido caminando por el balcón, agachados y pegados a la pared del edificio.

Curtis se detuvo ante un amplio ventanal.

—Éste era su despacho. Vamos a forzar la ventana. Entraré yo solo..., tú quédate aquí afuera. ¿Entendido?

—Correcto.

Poco le costó a Curtis Wilder forzar la falleba.

Se introdujo silenciosamente en la estancia.

Encendió una linterna sorda, enviando puñaladas de luz sobre la oscuridad.

Una enorme mesa de escritorio.

Varias sillas.

Butacas.

Un mueble biblioteca, de reducidas dimensiones.

Cuadros.

Adornos.

Figurillas.

Un revistero.

Todo eso fue apareciendo lentamente en el foco visual de la lámpara de bolsillo, que Curtis manejaba en semicírculo.

Caminó sobre la tupida alfombra hasta situarse tras la mesa y tomar asiento en la alta butaca.

Un cajón.

Otro.

Los fue abriendo uno a uno, y revolviéndolos sin demasiado cuidado.

Resultaba exasperante buscar algo y no saber qué era ese algo que se estaba buscando.

Había dejado la linterna sobre la mesa, de forma que iluminara en diagonal la hilera de cajones que registraba.

Nada.

Empezó por la otra hilera.

Y al final, nada.

Entonces, cuando, vencido, se disponía a cerrar el último cajón, escuchó un suave roce sobre la alfombra.

El quedo siseo de unos pies al arrastrarse sigilosamente.

Y una voz. La misma que escuchara en el húmedo sótano donde lo sujetaran a la pared con gruesas anillas.

Diciendo:

—No se mueva de donde está, Curtis. Un movimiento en falso, y es usted un cadáver. Ya veo que no ha cumplido su palabra, amigo. Además, lo que usted busca lo tengo yo.

Curtis soltó una risita seca.

—He venido a buscar algo, pero sin saber el qué, amigo. Eso no quiere decir que haya violado nuestro trato.

—¿Ha comunicado ya con Washington?

—Por supuesto.

—¿Ha solicitado su traslado?

—Sin duda.

—Me parecen muy burlonas sus respuestas, amigo Curtis.

—Y lo son, jefe misterioso. ¿Sabe por qué?

—No.

—Porque a dos metros de usted hay un compañero mío que lo está apuntando con un magnífico revólver..., ¿qué tal tirador eres, Mark?

Un silencio. Luego:

—Magnífico, Curtis —replicó la voz de Landon—. En Quántico fui de los cinco primeros clasificados en mi promoción. En cuanto tú digas, dejo hecho un colador al imbécil ése que te está apuntando.

Curtis Wilder soltó una carcajada.

—¿Se da cuenta, mi misterioso amigo? Esta vez se han invertido los papeles. ¡El cazador ha sido cazado! Le sugiero que tire al suelo el arma que está encañonando.

No hubo respuesta.

Curtis, con su habitual rapidez de reflejos, comprendió que Mark Landon no sabía con exactitud desde qué lugar de la oscuridad apuntaba a Wilder, el desconocido. Trataba de razonar, como estaría razonando Landon. La linterna encendida que había sobre la mesa contribuía a que el resto de la estancia quedara sumida en las más completas tinieblas.

Y el otro se daba cuenta.

¡Por eso estaba huyendo hacia la puerta que daba al interior!

Por eso gritó Curtis:

—¡Mark, la puerta interior!

Entonces se precipitaron los acontecimientos.

Porque el misterioso personaje, al comprender que había sido descubierta su silenciosa maniobra, abandonó las precauciones y se lanzó precipitadamente hacia la puerta, sin importarle delatar su posición.

Curtis, centelleante, no hizo más que tomar la linterna y enfocarla contra la silueta del que estaba abriendo la puerta.

Mark Landon perdió la serenidad.

Pero demostró que lo de estar entre los primeros cinco tiradores de su promoción no era «farol».

Un solo disparo.

Y le metió un proyectil en la nuca.

Lo dejó «seco» en el mismo umbral de la puerta.

El que huía se desplomó como si un rayo invisible acabara de caer sobre su cabeza.

Fulminado.

Muerte instantánea.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó Curtis, sin poderse contener—. ¿Por qué no has disparado hacia abajo? Dándole en una

pierna, no habría escapado, y lo tendríamos vivo.

Mark nada respondió.

Wilder buscó el conmutador, y bañó la estancia de luz.

Pronto se oyeron voces, gritos de alarma, carreras.

En fin, lo que era de esperar.

Y cuando Curtís Wilder se disponía a registrar el cadáver, apareció Nora Perles, con el rostro demudado y ciñendo a su cuerpo un batín negro.

—¡Curtis! —exclamó, atónita—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es ese hombre?

Se refería al yacente.

Al que estaba tendido de bruces sobre la alfombra.

—Cuando le vea el rostro, podré responderte, Nora. ¡Ah!, que no pase ningún criado. Tú haz el favor de entrar y sentarte.

Obedeció la muchacha como una autómatas, tras ordenar a la asustada servidumbre que se retirase.

Curtis se volvió entonces a Mark, diciéndole:

—Ambulancia y forense. ¡Ah!, trata de ponerte en contacto con Henry.

—De acuerdo.

Cuando Mark hubo salido para cumplir las instrucciones recibidas, Curtis volvió el cadáver cara al techo.

Y se quedó atónito.

¡Era el Individuo que dejara inconsciente en el apartamento de Eva Koster!

El productor de cierta empresa cinematográfica.

¡Absurdo!

Le registró.

De acuerdo con el permiso de conducción, se llamaba Isaías Lanou.

Profesión: agente de ventas de la «Krugger y Compañía Ltd.».

¡Maldita gata embustera!

Así que... era Eva Koster.

Siguió registrándolo hasta encontrar un sobre que, sin duda, era lo que él había querido encontrar.

Fotografías.

Ahora sí que se quedó convertido en una estatua de granito.

¡Porque en aquellas fotografías —seis exactamente—. Nora

Perles se hallaba en manos de Lanou, con escasas ropas y en posiciones harto elocuentes!

Al reaccionar, Curtis Wilder empezó a comprender muchas cosas.

Demasiadas.

Se acercó a la butaca donde Nora estaba sentada, cubierto su rostro con las manos.

Le tiró las fotos sobre las rodillas.

—Dales un vistazo, Nora. A lo mejor te recuerdan algo.

No quiso mirarlas.

Sólo prorrumpió en un llanto histérico, frenético, que agitó todo su cuerpo.

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Curtis, créeme!

La primera vez que lo tuteaba.

—Supongamos que te creo. ¿Vas a explicarme la verdad?

Pareció que amainaba su estridente llanto.

—Sí..., sí. Te lo explicaré todo.

Hubo un lapso de silencio.

Curtis aguardó a que ella fuera serenándose, sin pronunciar una sola palabra.

Y, por sí sola, Nora, ahogando frecuentemente los sollozos que acudían a su garganta, explicó:

—Conocí a Isaías Lanou hace unos cinco meses. Era un hombre agradable, galante, cortés..., capaz de hacer brotar, en una muchacha inexperta como yo, toda clase de ilusiones. Me dijo que era productor de una importante empresa cinematográfica. Empezamos a salir juntos..., me dijo que estaba locamente enamorado de mí, que teníamos que casarnos. Me dijo también que haría de mí una actriz cinematográfica cotizada. Que era muy hermosa, que tenía un cuerpo agradable y que la ingenuidad de mi rostro cautivaría al público con una sola película.

—¿Sabía algo tu padre de las relaciones que tenías con ese individuo?

—No —contestó Nora—. Papá era muy exigente. Hubiera dicho que esa clase de hombre no me convenía. Me hubiese apartado de él. Y yo... empezaba a estar enamorada. Isaías me dijo que tenía que efectuar tinas pruebas delante de las cámaras. Aquel mismo día, por la tarde, me llevó con su coche hacia las afueras de Miami.

Recuerdo que corríamos por la carretera de la costa cuando Isaías se vio obligado a frenar bruscamente porque los neumáticos habían patinado y corríamos peligro de caer al océano. Me golpeé contra el cristal del parabrisas, y perdí el conocimiento.

»No sé exactamente cuánto tiempo tardé en reaccionar, pero calculo que fue mucho. Desperté en casa de Isaías, eso me dijo él, con un paño húmedo sobre la frente. Me hizo aspirar un frasco de sales y me dio un calmante. Luego se ofreció a traerme hasta casa. Quedamos en vernos al día siguiente..., pero Isaías no vino. Pasaron los días y las semanas, y no volví a verle. Traté de localizarle por los lugares que anteriormente habíamos frecuentado, pero en ninguna parte supieron darme razón de él.

»Empecé a comprender que se había burlado de mí. Pero no fue eso lo peor. Me atormentaba la duda al pensar lo que había podido ocurrir en aquellas horas en las que yo había estado inconsciente. Decidí olvidarle, y traté de convencerme a mí misma de que nada había sucedido.

Se interrumpió unos instantes para, secarse las silenciosas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Parecía que todo había sido una aventura que Lanou hubiese vivido, aprovechándose de mi inexperiencia, hasta que un día, papá recibió un sobre con esas fotos... —hizo una breve pausa—. Incluían una carta en la que le conminaban a que prestase la colaboración que oportunamente se le pediría, so pena de que prefiriese ver esos retratos en primera página de todos los periódicos de Norteamérica. Papá, sin rodeos, me lo comunicó todo. Y yo, lo que no me había atrevido a hacer al principio, tuve que hacerlo entonces, entre lágrimas y suspiros. Sincerarme. Papá dijo que lo del frenazo había sido provocado para hacerme perder el conocimiento, que luego me habían inyectado una droga y me habían preparado para tomar aquellas fotografías comprometedoras. Yo estaba desesperada. En lugar de reprocharme mis imprudencias, él me consoló, prometiéndome que nada ocurriría, y no tardaría en descubrir a los culpables de tan bochornosa conspiración. Pero sus intentos fueron vanos, y nada consiguió. Dos semanas después recibió una llamada telefónica.

Curtis, adivinando que Nora llegaba al punto de la narración que más le interesaba, se adelantó a sus palabras con esta pregunta:

—¿Qué le pidieron que hiciese a cambio de devolverle los negativos?

Nora volvió a enjugar sus tímidas lágrimas.

—Le dijeron que, merced a su situación como inspector-jefe de la División del F.B.I., tenía libre acceso al Departamento de Inmigración, sin que nadie sospechara el verdadero motivo de sus actividades. Querían una lista de todos los alemanes refugiados en Estados Unidos después de terminada la Segunda Guerra.

—Lo suponía —cabeceó Curtis—. ¿Qué hizo tu padre?

—Les dijo que eso no era lo sencillo que ellos imaginaban. Que necesitaba tiempo para obrar de una forma que no pudiese despertar sospechas. En realidad, necesitaba ese tiempo para investigar y descubrir a los culpables, antes de que lo conminaran con un ultimátum.

—¿Le concedieron algún plazo?

—Dos meses.

—¿Era voz de hombre o de mujer la que se comunicaba con tu padre por teléfono?

—Indistintamente.

Curtis permaneció unos segundos en silencio, dando largos paseos por la estancia, con las manos atrás y la barbilla inclinada sobre el pecho.

—Háblame de la noche de su muerte.

Nora, dominando sus emociones, con un hilo de entrecortada voz, explicó:

—El plazo se agotaba, y papá no había conseguido obtener una sola pista que le indujera a tener la más remota idea de la identidad de los chantajistas. Decidió jugárselo todo a una carta. Al llamarle por teléfono la última vez, les dijo que estaba dispuesto a facilitarles las listas, con una condición: la entrega debía efectuarse de acuerdo con sus instrucciones. Aceptaron. Alguien iría aquella noche con los negativos, y papá le entregaría la lista de los alemanes refugiados después de la guerra. El canje se efectuaría en su propio despacho del edificio federal, entre doce y una de la noche. Luego...

Ahora, sí.

Rompió de nuevo en un llanto histérico y convulsivo.

Curtis se acercó a ella y la levantó de la butaca, tomándola por los hombros suavemente.

Besó sus cabellos y su frente.

La acarició con ternura.

Le dijo:

—Tranquilízate, pequeña, esta pesadilla acabará muy pronto. Yo te lo prometo.

Alzó ella sus verdes y temerosos ojos.

—¿Conseguirás tú...?

—¿Lo que no llegó a conseguir tu padre? —La interrumpió Wilder, adivinando la pregunta—. Sí, pequeña. Casi lo he conseguido. Tu padre era un hombre inteligente, pero se vio obligado a trabajar sólo para evitar que nadie se enterase de lo que te había sucedido. Yo he tenido mayor libertad de movimientos y monos prejuicios. Creo..., creo que ya estoy en el buen camino. Ahora, retírate a descansar.

Dicho esto, agitó una campanilla de plata, que lucía brillantemente sobre la que fuera mesa de trabajo de Jack S. Perles.

Al instante, apareció el asustado y soñoliento mayordomo:

—Acompañe a la señorita Nora. ¡Ah!, que una de las criadas permanezca con ella en su habitación, por el resto de la noche.

Se inclinó el fámulo respetuosamente.

—Como usted ordene.

Nora miró a Curtis. Se acercó a él con pasos cortos. Se alzó sobre la puntera de sus zapatillas y le besó fugazmente los labios.

—Gracias, Curtis.

Durante muchas horas, conservaría Wilder el sabor de aquella boca deliciosa, al rozar tenuemente la suya.

No bien hubo salido Nora cuando entró Mark Lanyon, con el forense y los camilleros.

Minutos después, hizo acto de presencia Henry Teller, diciendo:

—Lo siento, Curtis. He tenido un pinchazo. Cuando salisteis de «Stranger You», apenas os pude seguir un par de millas. El neumático trasero...

—Es lo mismo, Teller. No te preocupes. Tenemos dos nuevas «fiambres»... sin media de nylon. Pero el caso está en nuestras manos.

—¡QUE! —exclamó Henry, atónito.

—¿COMO? —Le imitó Mark, con la misma estupefacción.

—Sí. Aunque parezca increíble. El cerebro rector de todo este

mecanismo maquiavélico ha cometido esta noche un gran error. Apenas apreciable, sí. Pero, os lo repito, enorme. Por sí solo me da la clave y la identidad de su persona. No obstante, necesito hacer una verificación... ¡Henry!

—¿Sí, Curtis?

—¿Conoces al encargado del archivo del Departamento de Inmigración en Miami?

—No, de memoria. Pero puedo averiguarlo rápidamente.

—Eso es lo que vas a hacer. Cuando sepas su domicilio, te vas para allá y levantas a ese tipo de la cama, por las buenas o las malas. ¿Está claro? —Viendo el cabezazo de asentimiento y la risita de Henry, siguió—: Te vas con él al archivo, y que te entregue el expediente de Franz Krugger. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Curtis —asintió Teller—. Pero... ¿has pensado en un detalle?

—¿Cuál?

—Ese expediente puede estar en la central de Washington.

Curtis negó con la cabeza.

—Me estás fallando, agente Henry Teller del F.B.I.

—¿Seguro?

—Segurísimo. El Departamento de Inmigración tiene su central en Washington, correcto. Pero los expedientes de los inmigrados son remitidos a las delegaciones de las ciudades en donde aquéllos residen. Washington se limita a llevar un fichero general y un control de entradas y salidas.

—Si tú lo dices... —murmuró Teller—, ¿dónde nos vemos, cuando tenga el expediente?

—Mark y yo estaremos en mi despacho.

—Correcto.

Y el desgarbado Teller salió de la estancia, con presteza.

Curtis Wilder y Mark Landon hicieron lo propio, una vez se hubo levantado el cadáver de Isaías Lanou y el de Franz Krugger.

Sólo faltaba leer el expediente de un inmigrado.

Luego, según Curtis, un fallo garrafal les conduciría hasta la misteriosa identidad del cerebro que manejaba los hilos de la trama.

CAPÍTULO IX

W. Flagler Street, 786.

Eva Koster.

La rubia del bikini.

La embustera.

La que acababa de levantarse de la cama para atender el imperioso timbrazo que por tres veces consecutivas había sonado en la puerta de su apartamento.

Esta vez, traía revueltas las doradas hebras de su cabellera.

—¡Qué asco! —exclamó, desabrida—. ¿Otra vez tú, «polizonte»?

—¿Te sorprende mi visita, muñeca?

—¡Me fastidia!

Hizo intento de darle con la puerta en las narices.

El que le dio, y en mitad de su hermoso rostro, fue el federal.

Una bofetada de ésas que marcan un hito en la historia de las bofetadas que, como todo en la vida, tienen su historia.

La lanzó a dos metros de distancia, pasillo adentro.

Luego, con pausados movimientos, Curtis se frotó las manos, entró en el piso y cerró la puerta.

Ella había caído al suelo.

Eva llevaba salto de cama.

Mejor, saltito.

Porque era corto.

—¡Levántate!

Se repetía la escena.

Exhibición por todo lo alto.

—¡Cerdo!

—En tu boca, esa palabra me suena a maravilloso halago.

Lo miraba con el mismo odio y rencor que la otra vez.

—Me estás molestando demasiado, federal.

Curtis enarcó las cejas.

—¿No me digas? ¿Es cierto eso? ¡No, mujer, no! Vengo a explicarte un cuento de judíos y alemanes, que te gustará más que una película de Jerry Lewis y Dean Martin. ¡A que sí!

Eva Koster, de pie frente a él, retrocedió un par de pasos cuando vio avanzar a Curtis.

—Siéntate. Sin enseñarme nada. Con ese recato tan peculiar en ti..., así, eso es.

Habíase dejado caer en la misma butaca donde lo hiciera cuando el del F.B.I., la interrogara anteriormente.

—¡Ahí, para que no se me olvide, debo comunicarte, antes que nada, una funesta noticia! Isaías Lanou, uno de los seis ejecutores de la S.R.J., ha pasado a «peor» vida. Digo peor, porque imagino que tiene reservada butaca de primera fila en el teatro de Satanás. ¿O no?

—¡Mientes!

—Es un vicio que no me pertenece. Tú has acaparado el monopolio de la mentira, y apenas has dejado que el resto de los mortales nos repartiéramos un poquito de tan sabroso «pastel». Isaías Lanou ha muerto..., mejor dicho, lo hemos matado, cuando trataba de recuperar las fotografías que se «echó» con Nora Perles, después de drogarla. ¿Te vas dando cuenta de que sé muy bien por dónde navego?

Apretó ella los labios.

—Además, un pajarito me ha dicho que Isaías no era productor cinematográfico ni nada por el estilo, ¿te sorprende?

Siguió con los labios apretados.

—Lanou no era más que un asesino —añadió Curtis sin importarle el obstinado silencio de ella—. Y Josef Bulder, un cobarde que, después de su fracaso en Baltimore, sólo servía para informar. Éste es alemán aquél también..., y allí estaba Lanou para «ejecutar». Tú eras el «contacto» entre ambos. Era lógico que un hombre que poseía un retrato ardientemente dedicado, visitara a su amante con regularidad... ¡Ah!, pero ella, mujer frívola, mujer de mundo, mujer del cine, tenía otro galán que la visitaba. Un fingido productor cinematográfico. ¿Qué sucedía, en realidad? Sencillo. Que los tres se reunían en casa de esa mujer fatal para intercambiar

información y órdenes. ¿Correcto, Eva?

Apretó los labios con más firmeza.

Y cuando menos lo esperaba, tuvo a Wilder encima de ella, propinándole más bofetadas que le cabían en el rostro.

Gritó, jadeó, lloriqueó y trató de arañarle.

Nada.

Curtis repartía bofetadas con la misma rapidez y naturalidad que un empleado de la «Western Union» repartía telegramas.

Tenía las mejillas ardientes, rojas, laceradas.

—¡Basta! ¡No me pegues más!

Curtis sonrió con inocencia.

—Ya sabía yo que eres una chica juiciosa que sabe lo que le conviene. Te escucho.

Cuando recompuso su aspecto, como pudo, dijo con voz jadeante:

—¡Es cierto! Lo que has dicho es verdad. Las relaciones amorosas entre Josef y yo, lo mismo que entre Isaías y yo, eran una tapadera.

—Correcto, encanto. ¿Quién se «cargó» a Josef?

—Isaías.

—¿Por qué?

—Se lo ordenó el jefe.

—¿Quién es el jefe?

—¡Te juro que no lo sé!

Curtis volvió a sonreír de aquella forma burlona e impertinente.

—Supongamos que ya me lo he «tragado». Isaías vigilaba a Josef. Intervino en el momento oportuno en que Bulder trataba de comunicarse con el F.B.I., y lo estranguló con una media de nylon, ¿estabas tú allí?

—Sí.

—Vaya, vaya. A eso le llamo yo complicidad en un asesinato. No sé los años que te tocarán en el «sorteo». Calculo que unos cuatro o cinco... ¡Ah!, más los que te correspondan por formar parte de un «Ku-Klux-Klan» hebreo. Dime, ahora, quién mató al inspector-jefe Perles, de la División del P.B.I.

—Nuestro jefe.

—Correcto. Si hubieses soltado la lengua desde un principio, gata rubia, hubieras evitado dos nuevos asesinatos..., ¡ah!, porque

me olvidaba decirte que un alemán llamado Franz Krugger ha sido asesinado esta noche cuando intentaba proteger...

Un extraño brillo apareció en los ojos azules de Eva.

Y Curtis, sin volverse, de espaldas a la puerta de entrada como estaba, adivinando el porqué de aquel repentino brillo, dijo con glacial entonación:

—Cuando intentaba proteger a su hija y asesina Marta Krugger. ¡Por favor, Marta! No te quedes ahí en el umbral, apuntándome con esa automática. Ya me he dado cuenta, hace unas horas, en «Stranger You», que la llevabas en el bolso. Lo que no esperaba es que llevases una metralleta en el portaequipajes del «Zephir». Porque con ella has liquidado a tu padre adoptivo, ¿verdad?

Marta Krugger, en efecto.

Empuñaba una automática.

Brillando una llama diabólica en sus ojos verdes.

Convertidas sus hermosas facciones en una máscara de sadismo, de odio, de expresión asesina.

—No hagas un solo movimiento, Curtis. Te mataré en cuanto pestañees.

—Eras..., además de una retorcida criminal, una auténtica estúpida.

—¿Qué más da? No vas a vivir para contarlo.

—¡Oh, ya, desde luego! Obvio, que vas a liquidarme. Pero ¿no quieres saber cómo he adivinado que eras tú quien estabas a mi espalda?

Marta soltó una carcajada de diabólico eco, que fue coreada por otra de la rubia.

—Sí, querido. Sigues gustándome como hombre, y me intrigas como policía —hizo una pausa, y agregó, dirigiéndose a la otra mujer—: Eva, coge tu pistola y encañónale por la espalda. Ahora, Curtis, muy despacio, con las manos alejadas del cuerpo, vuélvete hacia mí, y explícame los frutos de tu inteligencia.

Wilder obedeció con lentitud.

—Esta noche, amiga mía, has cometido un error de bulto.

—Refréscame la memoria.

—¡Oh, sí! Antes de entrar en el «Zephir», mientras charlábamos de cosas triviales, me has formulado una pregunta. Te la voy a repetir textualmente: «¿Alguna pista sobre los asesinatos?». ¿Por

qué has pluralizado, Marta? ¿Por qué? Tú, oficialmente, sólo sabías de la muerte de Josef Bulder. ¿Quién era el otro asesinado? Jack S. Perles, ¿no?

La sonrisa que nació en labios de la pérfida mujer fue escalofriante.

—Exacto, querido. ¿Y qué pensarías si te dijera que he cometido ese error, adrede?

—Lo creería a pies juntillas. Imaginando mi reacción, me prepararías esta celada. ¿Correcto?

—Estás en lo cierto, Curtis, Sí, yo misma maté a Jack S. Perles. Lo hice en el momento que él se levantaba para entregarme la lista que yo le había pedido. Pero estaba segura de que era una trampa. Salté sobre él cuando se hallaba de espaldas, y le rodeé el cuello con una media de nylon, apretó, apretó... Eso os daría mucho qué pensar, ¿verdad? Porque a la misma hora, aproximadamente, Isaías estaba empleando el mismo procedimiento con Josef Bulder.

—Perfecto, Marta, perfecto. Josef Bulder, a quien tú misma te encargaste de emplear en la oficina de tu padre, cometió el error de enamorarse de ti... y, lo que es peor, el error de investigar y averiguar que precisamente la hija de un alemán era la jefa de una secreta organización llamada S.R.J.

»Mucho debió dudar Bulder, antes de decidirse. Pero, al fin, lo hizo. De nada sirvió, porque tú ya sospechabas lo que él sabía, y lo hacías vigilar por Lanou, día y noche.

—Estás en un error, Curtis —cortó ella, sin borrar el diabólico rictus que cubría su rostro—. ¡No soy hija de un alemán!

Sonrió el del F.B.I.

—Ya lo sé, víbora, ya lo sé. No hace mucho rato, el Departamento de Inmigración me ha facilitado el expediente de Franz Krugger. Sí, del hombre que hizo asesinar a tu padre porque estaba enamorado de tu madre. Arribos eran judíos y Krugger pertenecía al S.S.

—¡Sí, así fue! —rugió Marte.

—¡Oh, no, por favor! No te pongas trágica. Eso lo averiguaste tú, muchos años después porque, cuando ocurrieron los hechos, apenas contabas seis meses. Tu madre, para salvarte a ti y salvarse ella, tuvo que casarse con Krugger. Luego, terminada la guerra, se vino con él a Estados Unidos. Krugger, hombre activo y listo para los

negocios, prosperó con rapidez. Pero nada de eso podía hacer feliz a la esposa del hombre que había mandado asesinar a su primer marido. ¿Te lo contó ella, antes de morir, verdad?

—¡Sí! Ella, en el lecho postrero, me explicó la criminal historia del que suponía mi padre...

—Al que no has vacilado en asesinar esta noche cuando, al corriente de tus manejos, aunque tú lo ignorabas, trataba de evitar que fueras descubierta.

—¿Descubierta?

—Sí. Porque Franz Krugger pensaba que tú misma tratarías de recuperar las fotografías. El, sin duda, había escuchado alguna de las conversaciones telefónicas que sostuviste con Feries. ¡Ah!, muy ingeniosa la idea de emplear a Nora como víctima propiciatoria para obligar a su padre a que te facilitara la lista de todos los alemanes..., porque, sin conocerlos, los odiabas a todos, ¿verdad?

—¡Les odio! ¡Y los he de matar, uno a uno!

—No, Marta. Ya es tarde. Has ido demasiado lejos, has cometido demasiados errores...

—¡Sí, errores! —estalló ella, entre carcajadas diabólicas—. Hasta el de acercarme a ti para vigilarte, enamorarme estúpidamente y evitar que Isaías te «liquidara» cuando te llevaron al sótano. Creí poder apartarte de esto; pero ahora, aunque sea tarde, te mataré yo misma...

—NO. USTED NO HARÁ ESO —dijo la VOZ de Henry Teller, a espaldas de Marta Krugger—. Suelte la pistola y alce las manos por encima de la cabeza.

Y al instante, ondularon los cortinajes de la ventana y apareció la figura de Mark Landon, situándose tras Eva Koster.

—LE ACONSEJO LOS MISMOS MOVIMIENTOS, RUBIALES.

La escena quedó en suspenso durante unos segundos.

Hasta que Marta gritó furiosamente, como una loca, chispeantes sus verdes ojos:

—¡Dispara, Eva, dispara!

Curtis gritó también, al tiempo que daba un salto inverosímil:

—¡Vosotros, no!

Sonaron dos disparos.

Confundidos en uno.

Al unísono.

Ambos, desde distintos ángulos, buscaban un mismo blanco.

El cuerpo de Curtis Wilder.

Pero él ya no estaba.

Caía en tierra, dando vueltas sobre sí mismo, mientras Eva y Marta se miraban con estúpida expresión.

Con una roja rosa de sangre sobre su busto.

Con un hilillo sanguinolento en la comisura de sus bocas húmedas, frescas, sensuales.

Así, despacio, negándose a creer en aquel rapto burlón y macabro del veleidoso destino, llegaron sus cuerpos de bruces sobre la alfombra.

Muertas.

Dos mujeres.

Embusteras. Asesinas.

Los tres agentes del P.B.I., tenían sus ojos clavados en los cuerpos enhiestamente rígidos de las que fueran hermosas y pérfidas hembras.

El destino.

La sangre se volvía contra la sangre.

—Asunto liquidado, Curtis —musitó Mark Landon—. Ya puedes informar a Washington.

—Falta algo —intervino Teller, antes de que Wilder respondiese—. Quedan cuatro ejecutores del S.R.J., sueltos por ahí.

—Ya no constituyen un peligro —adujo Curtis—. Muerto el cerebro de la organización, no tardaremos en «cazarlos». Marta, Eva e Isaías eran los personajes centrales de la trágica comedia que montó ella para vengarse de toda una raza... ¡Parece imposible que esto pueda suceder en nuestros días!

—Sí, desde luego —admitió Teller—. De aquí a cuatro días, estaremos veraneando en la luna...

—O se habrá destruido el mundo, por medio de unos cuantos proyectiles dirigidos... —le cortó Landon.

—Déjense de fantasear, caballeros —les reprendió Curtis, con triste sonrisa.

Como de costumbre, Mark Landon se encargó de avisar al forense y a la ambulancia.

EPÍLOGO

Tres meses después, en un banco del Golden Glades Park, dos seres permanecían sentados en silencio.

Mirando la chiquillería que jugaba a su alrededor.

Observando, de hito en hito, los cuadros de flores, las hierbas, los setos... las parejas de enamorados que buscaban rincones poco concurridos y echaban una furtiva ojeada a su alrededor, antes de besarse en los labios.

Al fin, ella torció la cabeza.

Buscando con el verdor de sus ojos el azul de los de él.

—Curtis...

—¿Dime, Nora?

—Nunca podré agradecerte lo que hiciste por mí. Y por él.

—Era mi obligación, Nora. Vengar la muerte de un compañero..., máxime si le apreciaba como un buen camarada, es algo que todos los agentes del F.B.I., llegamos inculcado muy dentro de nuestros corazones. Luego, estabas tú. Víctima propiciatoria de una organización criminal. No, no tienes nada que agradecerme. Cumplí con mi obligación profesional y moral. Y ahora...

Se iluminaron los verdes ojos de Nora.

Su dulce rostro expresó con avidez una duda.

¡Qué hermosa y fragante!

Aunque vistiese de negro.

Aunque estuviese triste.

—Ahora... —musitó con su voz queda—. ¿Ahora qué, Curtis?

—Ahora... —también a él le costaba completar la frase—. Ahora debo seguir velando por ti. No tienes a nadie...

—Tengo unos parientes lejanos en Boston —le atajó ella—. Puedo ir allí y...

—¡No! —exclamó Curtis, casi con violencia.

—¿Por qué? —interrogó con carita ansiosa.

—Porque... porque eres demasiado joven, demasiado inexperta, demasiado hermosa...

—¡Curtis! ¿Quieres repetir eso, por favor?

Wilder, como un colegial de diecisiete años, repitió:

—Eres demasiado hermosa, tienes unos ojos muy bellos, una boca roja y dulce como una fresa...

El fotógrafo no pudo ser más oportuno.

Disparó la máquina en el momento que unos labios rojos y dulces como una fresa eran besados apasionadamente.

—¿Les hago otra?

No le oían.

—Nora...

—¿Qué, Curtis?

—Sabes cómo podría cuidar de ti...

—¡Casándote conmigo, Curtis!

Otra sentencia del destino.

Porque, aunque la geografía estadounidense fuese muy extensa, no todas las sentencias del destino eran macabras y siniestras.

También había un lugar para los corazones que se amaban.

—¿Estás..., estás dispuesta a ser la mujer de un agente del F.B.I.?

Una dulce sonrisa vino a los labios de Nora.

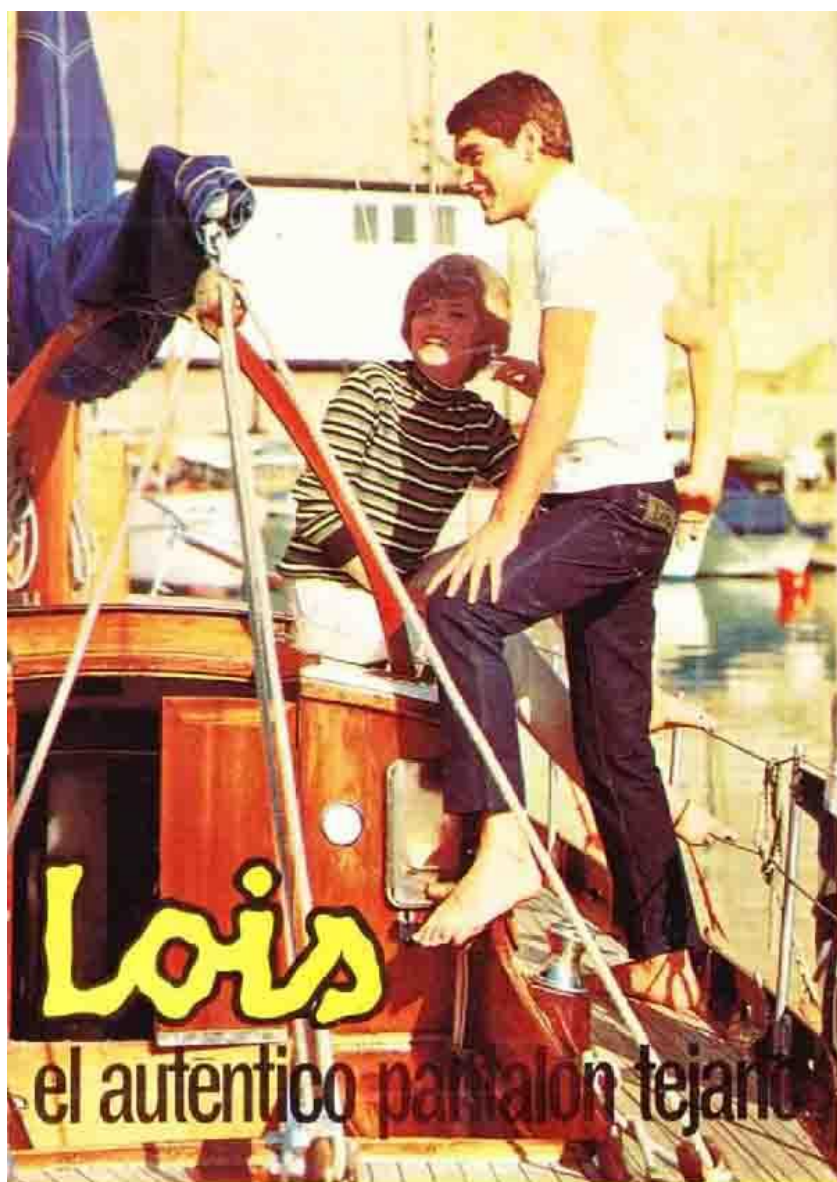
—Es lo que me falta... Ya era hija de un miembro del F.B.I.

—Té nombraremos agente honoraria.

El beso, más que honorario, fue reglamentario.

El F.B.I., siempre estaba al habla. Y sus hombres, al beso.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.